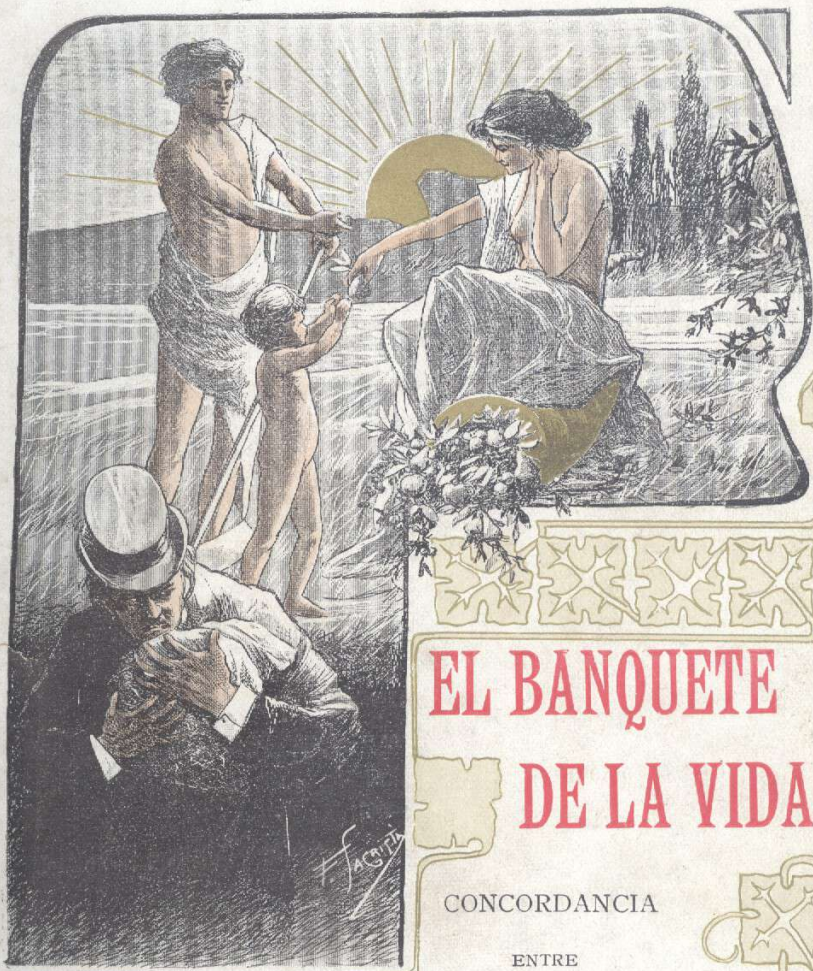


EL BANQUETE DE LA VIDA
Concordancia entre la naturaleza,
el hombre y la sociedad.
Anselmo Lorenzo



EL BANQUETE DE LA VIDA

CONCORDANCIA

ENTRE

LA NATURALEZA, EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD

POR

ANSELMO LORENZO

BARCELONA

IMPRENTA "LUZ". — PLAZA DE LA IGUALDAD, NÚM. 3

(Calle del Hospital)

PREÁMBULO

La limitación de la vida por la contrariedad, las facultades y de las condiciones vitales impuesta por los privilegiados de los desheredados, impulsa a éstos de afirmar su derecho a vivir, su propósito de conformar la sociedad humana con la razón y su ideal de ciencia, paz y felicidad. Rechazada la idea de que la vida es una orgía de tiranos, las víctimas se proponen librarse de la opresión a la que son sometidas, librando a sus opresores de la triste necesidad de ejercerla.

A tal efecto, han formulado sus aspiraciones en manifestaciones variadas, las cuales nos proponemos resumir en una serie de breves estudios que van desde la Naturaleza, al Hombre y la Sociedad, detallados de la siguiente manera: El derecho a vivir, Tierra, Agua, Aire, Hombre, Estudio, Trabajo, Producto, Necesidad, Satisfacción, Solidaridad, Vida, Amor, Balance, Arte, Ciencia, Felicidad, Humanidad futura, Agotamiento de la humanidad, y finalmente, La muerte es la vida.

EL DERECHO A VIVIR

El concepto de la vida plácidamente disipada en un banquete donde no hay puesto para todos los vivientes, y del que han de ser arrojados como intrusos los que al nacer no tienen en él cubierto preparado, era insuficiente para satisfacer la conciencia de los beneficiados, y más insuficiente aún para acallar las protestas de los que, sintiendo en sí la inmanencia de un derecho que compartían por igual con todos los humanos, y con fe más intuitiva que consciente en una sociedad racional y científica, recurrían a la difusión de ideales más verdaderos y justos.

Necesitábase, pues, un complemento, y éste no tardó en presentarse, suministrado por una interpretación parcial de la teoría darwiniana llamada *la lucha por la existencia*, que afirma que “los fuertes y los inteligentes vencen y suprimen a los débiles y mal dotados”.

Bastaba con eso para que los comensales del privilegio se juzgaran fuertes e inteligentes, y ya no vieron hombres, sino inferiores, en los arquitectos y obreros que trazan y edifican sus palacios; en los artistas y artesanos que los cubren de cuadros, muebles y utensilios; en los servidores que les asisten, limpian y ceban; en los trabajadores de la agricultura, de la industria y del transporte que cultivan, cazan, pescan, fabrican y transportan para que nada les falte de lo que necesitan con necesidad verdadera o ficticia; en los artistas, científicos, jurisconsultos, sacerdotes,

gobernantes y gendarmes que les recrean, curan, definen su derecho legal, aseguran su felicidad eterna, ejercen el poder en su beneficio y matan o se hacen matar por ellos.

No importa que el ilustre autor de *El Origen de las Especies* y de *La Descendencia del Hombre* hablase también, como por compensación, de “la concordia para la existencia”, celebrando las comunidades que, gracias a la unión de gran número de individuos, prosperan admirablemente y llevan a buen término la más rica progenitura. Eso quedó traspapelado, porque ¿quién lee a Darwin? Los del banquete, ocupados por la digestión de comida a comida, no tienen tiempo; los otros, los arrojados por intrusos, abrumados por el trabajo y la miseria e incapacitados por la ignorancia, ¿qué han de leer? Quedan la veintena de sabios que dogmatizan en nombre de la ciencia y del orden social, y éstos, aparte de algunos contadísimos que como Kropotkine y Reclús llevan la lógica científica a sus últimas consecuencias, se convierten en servidores de la adinerada burguesía, y se contentan con brillar en las academias, donde, a imitación de los antiguos sacerdotes egipcios, cultivan el esoterismo (doctrina secreta) y dejan el exoterismo (doctrina vulgar) para que los desheredados no caigan en la cuenta de que se atropella su derecho y de que se les usurpa su parte en la riqueza social.

En oposición a todo eso, existe el derecho a vivir al que todo ser está sujeto, y que únicamente niega el hombre cuando teoriza para

justificar el absurdo y la iniquidad, y que atropella cuando explota, tiraniza y pelea.

Todo en el Universo, desde lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande, puede parodiar el aforismo de Descartes: *Existo, luego tengo derecho a ser.*

Y si ese derecho existe en todo, como manifestación de vida de la sustancia y de la energía universales, puede muy bien decir el hombre: con las líneas que dibujan mi personalidad pongo un límite al espacio infinito; con este organismo mío, que funciona consumiendo, reservándose y expeliendo materia y que por mi actividad relativa da un contingente de ideas, de productos o de manifestaciones diferentes, unas resultado de adaptación, otras exclusivamente mías, dejo de mi paso por el mundo un rastro vivo, indestructible y eterno en este universo sin fin.

El tema del derecho a vivir no le plantea jamás la naturaleza, porque le tiene resuelto de toda la eternidad; únicamente le plantea el hombre, debido a que ha hecho leyes a capricho para sancionar injusticias.

Si en este infinito de la existencia en el espacio y en el tiempo se presenta la limitación de la muerte, los seres no se someten a ella reconociendo un derecho extraño a ellos mismos, no acatan la superioridad de ningún otro ser, caen por debilidad ante la enfermedad, la vejez o el choque contra un obstáculo insuperable.

Vivir es el supremo derecho y el gran deber que contraemos por hecho de ser.

Armonizar ese derecho y ese deber en nosotros mismos y en las relaciones de cada individuo con el resto de nuestra especie. Ese es el objeto de la sociedad humana.

LA TIERRA

Hemos visto que, solo porque existe, el hombre tiene derecho a vivir. Considerando el medio en que el hombre se desarrolla, preséntase en primer término la Tierra, estudiada por la geología en su interior y por la geografía en su exterior, que le sirve de origen, de sostén, de morada y de campo de su actividad.

Es la Tierra un esferoide de 1.085.260 kilómetros cúbicos y 510.082.000 superficiales, cuyo eje polar mide 6.356 km, y el ecuatorial 6.378, resultando una diferencia de 22 km menos para el primero, debido a que la fuerza centrífuga, en su movimiento de rotación, rechaza las moléculas del eje polar y produce la consecuente prominencia ecuatorial.*

Considérase dividida la corteza terrestre desde la superficie al centro en cuatro partes principales, llamadas capas con relación a los materiales de que constan, y épocas, atendido el tiempo de su formación y el empleado en formarse: en ellas se encuentran condensados y conservados minerales y fósiles; unos como productos de su propia materia y de las fuerzas que obraron sobre ella; otros como restos orgánicos de diversas especies. En la

* N.E.- Actualicemos los datos.

Diámetro ecuatorial: 12.756,2 Km

Diámetro polar: 12.713,6 Km.

Diferencia entre diámetros: 42,6 Km.

Superficie terrestre: 510.101.000 km².

Volumen: 1.083.210.000.000 Km³.

primera, o más profunda capa, considerada como de la primera época, oculta generalmente bajo los agregados superpuestos por acarreo y sedimentación, visible únicamente en ciertas cumbres elevadas, formada principalmente de granito y gneis, se encuentran moluscos y crustáceos, o sea animales de organización rudimentaria. En la segunda época, por la liquidación de los gases de la atmósfera, por efecto del relativo descenso de la temperatura, se formaron los mares, lagos y pantanos y aparecen gran número de pescados y reptiles gigantescos, y los vegetales numerosos y enormes que hallamos en los grandes depósitos de antracita. En la tercera véñse ya los grandes mamíferos, los roedores, los carnívoros, los rumiantes, las aves y, según algunos geólogos, el hombre. En la cuarta se encuentran restos de los animales actuales o de especies semejantes ya desaparecidas.

La Tierra está, pues, formada por los mares, los continentes y las islas; hállase cubierta su parte sólida por llanuras susceptibles de cultivo, desiertos arenosos, selvas inextricables o tierras infecundas; súrcanla ríos caudalosos, arroyos o torrentes accidentales; prolongadas y elevadas cordilleras la cruzan en distintas direcciones; estremécenla los volcanes con erupciones ígneas y contracciones destructoras, y el todo, graciosamente recortado por bahías, golfos, playas, penínsulas, islas, istmos y estrechos, hállase amenizado y aún armonizado por fecundos valles y espléndidas colinas, y en toda su superficie, lo mismo que

en sus abismos, ofrece opíparo banquete a todos los organismos que en ella viven y vegetan.

A disposición del ser capaz de utilizarlos, tiene la Tierra en su seno inmensos depósitos de carbón, que son como dormidas energías que esperan el momento de ser puestas en actividad; de hierro, futura prolongación y multiplicación de miembros deficientes guiados por el poder creador de una inteligencia; de múltiples materias que, conocidas, extraídas, analizadas y combinadas han de servir en su día para atender a la satisfacción de necesidades científicas, artísticas, industriales y recreativas; de fuego, de agua, de gases, elementos útiles o nocivos, que han de ser seleccionados, con miras de utilidad o defensa, por los poseedores del conocimiento.

Laboratorio de actividad poderosa e incesante, en que todo es obrero y materia prima, en la Tierra están los restos de lo que todo fue y el embrión de todo lo que será; eterno, con relación a sus antecedentes cosmológicos; eterno aún, consideradas las leyes generales que rigen el Universo.

Unidad de relativa importancia en el mundo sideral, que si no alcanza estirpe tan elevada como la expuesta en el Génesis, tampoco merece el desprecio del Micromegas volteriano, cumple la Tierra un papel insustituible en el tiempo y en la mecánica universal y es además el lazo de unión de la vida intelectual, que, residente

en los más elevados y perfectos organismos, anima quizá el conjunto de la existencia que puebla el espacio infinito.

Tan atrevida afirmación, carecería de todo valor, y no me atrevería a exponerla, si no hubiera osadías científicas recientes que no han sido, y acaso no sean nunca desmentidas, antes, por el contrario, pudieran ser confirmadas por la práctica; me refiero a las señales repetidas que, según un astrónomo contemporáneo nos dirigen los habitantes de Marte, y también al proyecto de capacitación de la electricidad interplanetaria intentado en los Estados Unidos, para el cual se ha de instalar un mecanismo muchos kilómetros sobre la atmósfera terrestre para alcanzar la línea neutral entre la atracción de la Tierra y la de la Luna, intentando una desviación al cumplimiento de la ley de gravedad.

Levantado el velo simbólico de la misteriosa Isis, su belleza deslumbradora seguirá siendo origen incesante y múltiple de vida, de verdad, de poesía y de justicia, y su concepción, instaurada como en trono digno de tanta grandeza, será admirada por el único ser a quien pueda otorgar el título de colaborador: el hombre.

EL AGUA

Conscientes y en terreno firme, preséntase a nuestra consideración el agua, que, en la grandiosa extensión de los mares, ocupa las tres cuartas partes de la superficie terrestre; flota además sobre nuestras cabezas en graciosos cirros y estratos o amenazadores cúmulos y nimbos, o se conserva en profundos hidrofilacios bajo nuestras plantas, y con los efectos del calor central, y trayendo gases y sustancias minerales en disolución, alimenta nuestros manantiales.

El agua, que tan hermosa y límpida se ofrece a nuestra vista en estado de tranquilidad, si pudo ser un *elemento* para los antiguos, según el sentido que daban a esta palabra, no lo es para nosotros, que entendemos por ella un cuerpo simple e indescomponible. Es, pues, el agua un compuesto de dos elementos gaseosos, en la proporción de un volumen de oxígeno y dos de hidrógeno; este último, el más ligero de todos los cuerpos conocidos, es inflamable, y unido al carbón forma el gas del alumbrado.

La vitalidad en nuestro planeta, según los últimos descubrimientos, procede, no de un paraíso terrenal donde, evocada por la voz mágica de un anciano de edad eterna, se formasen en una semana, seguida del correspondiente descanso dominical, los tres reinos de la naturaleza con la complicada escala de sus diversos géneros, especies y familias, sino del mar, en la edad geológica primordial, cuando el núcleo sólido del globo que

habitamos estaba cubierto de agua en toda su extensión. Reunidas las partículas atómicas en aquel medio ilimitado, se agruparon constituyendo enormes aglomeraciones de masa protoplásmica, y allí, sin creador voluntario, ni plan preconcebido, ni generadores sexuales, siguiendo las leyes eternamente anteriores que rigen la ininterrumpida sucesión de los mundos, se formaron las moneras, que son los organismos más sencillos que existen y los generadores de toda vida.

En aquel foco inicial de toda vitalidad, la vida ha continuado poderosa y grande: plantas y animales, en riquísima variedad, que no han evolucionado fuera de aquel medio, allí viven y se desarrollan con fecundidad prodigiosa, hasta el punto de haber especies que, si no tuvieran neutralizado su poder prolífico por la voracidad de monstruosos cetáceos llegarían a causar el desborde de los mares, contribuyendo de manera inagotable al abastecimiento del banquete de la vida.

Al agua corresponde el título de una especie de maternidad, a la cual une, si no un poder destructor, una fuerza transformadora inmensa: las lluvias, disolventes cuando son mansas, y trastornadoras cuando surgen torrenciales, arrastran el polvo, descarnan las rocas, socavan las montañas y preparan desprendimientos; saliendo de su cauce los arroyos y los ríos, llevan consigo considerables masas y las arrojan a los mares, formando deltas como los del Nilo y del Amazonas, de tal manera,

que sin las reacciones plutónicas y otras fuerzas compensadoras, la superficie del globo tornaría a convertirse en un Océano sin límites. Por su parte los mares, con sus arrebatadas corrientes, sus contracorrientes, sus vorágines, sus mareas y sus tempestades, producen transformaciones no menos considerables.

La gran extensión de los mares, barrera infranqueable al parecer para los hombres primitivos, se ha convertido por el poder de la inteligencia y la energía productora, en lazo de unión de la humanidad.

Confiar la vida al tronco hueco de árbol flotante sobre la peligrosa movilidad del mar; construir un barco, dirigirle después con el remo o con la vela mediante el timón; servirse de la brújula para ir directamente a ultramar al punto que se desea; poner en él productos acumulados por el trabajo para llevarlos a países habitados por hombres de idioma y de costumbres desconocidos con la mira de obtener un cambio beneficioso, es conquistar el mundo para la solidaridad humana, obra verdaderamente sublime facilitada por la existencia de los mares.

Ya no puede haber verdades en un país y errores en otro, ni abundancia en el Sur y escasez en el Norte, ni enemistad esencial entre las diversas razas que pueblan las más lejanas regiones, y hasta pierde su razón de ser la misma diferencia que separa al habitante de las selvas australianas del miembro ilustre de las academias de la civilización; porque con la facilidad de transporte

que ofrece la navegación, circula libre y rápidamente la idea y el producto por todas las latitudes y todos los meridianos del mundo, satisfaciendo las necesidades intelectuales y físicas, pudiendo asegurarse que si de hecho no se ha verificado esa igualdad en nuestra generación, no puede dudarse que se ha encauzado la evolución para llegar al fin propuesto con la urgencia requerida y con la celeridad impresa en el día a las corrientes progresivas.

Así, ese cuerpo que vemos y bebemos, líquido, transparente, inodoro, incoloro y que tanto contribuye a nuestra alimentación, que forma la gran extensión marítima que cubre la mayor parte de nuestro globo, tiene, sobre todas las cualidades que en él descubren la química y la física, otra superior aún que le reconoce la sociología: es buen conductor de la civilización y del progreso.

EL AIRE

Servida y embellecida por la atmósfera, como dama gentil que con el velo de graciosa mantilla preserva su rostro de miradas indiscretas, sigue la Tierra su peregrinación continua, sujetándose a aquellas leyes universales que descubrió la ciencia elevando a la inmortalidad, entre otros muchos, los nombres de Newton y de Laplace.

Dadas las condiciones físicas y químicas que presiden a la constitución de los cuerpos en su forma de sólidos, líquidos y gases, la atmósfera, como complemento de la Tierra, es una masa etérea de unos 40.000 metros de elevación media, que le rodea y contiene como en depósito todos los gases desprendidos de los cuerpos que se transforman en su superficie, suministrándoles a la vez todos los que esos mismos cuerpos necesitan.*

Consta la atmósfera de tres cuerpos principales: aire, vapor y fluidos aeriformes. El aire, que se dilata con el calor y se condensa con las bajas temperaturas, es el fluido elástico que respiramos y que en su estado puro, lejos de ser un elemento simple, como se creyó en la antigüedad, es una mezcla compuesta de 21 partes de oxígeno -cuerpo simple que forma la parte respirable del aire y es el elemento más abundante en la naturaleza-, y 79 de ázoe —gas contrario a la respiración y a la combustión-.** El vapor es una

* N.E.- Realmente, la atmósfera tiene una extensión desde la troposfera a la exosfera, de 10.000 km.

** N.E.- El *ázoe* es la forma primitiva de denominar al nitrógeno.

especie de humo que, por evaporación, se eleva de las cosas húmedas, o una substancia reducida a gas por efecto del calor, que tiene la propiedad de dilatarse, produciendo inmensa fuerza de expansión, aplicada como motor a la mecánica en estos últimos tiempos. Los fluidos aeriformes son cuerpos cuyas moléculas tienen tan poca adherencia entre sí, que se deslizan las unas sobre las otras y tienden a separarse.

En la región de la atmósfera tienen su esfera de acción los meteoros, o sean fenómenos cuya denominación y manifestaciones son las siguientes: 1º aéreos; comprenden los vientos o desequilibrios atmosféricos producidos por la mecánica sideral y el cambio de temperatura, recorriendo una escala que va desde la tenue y fresca brisa hasta el desenfrenado huracán; 2º acuosos; que forman las nubes, nieblas, lluvias, nieve, granizo, rocío y escarcha; 3º lumínicos, constituidos por los crepúsculos, auroras polares, iris, parhelios, paraselenes y halos, y 4º ígneos, como rayos, relámpagos, truenos y fuegos fatuos.

En ese gran laboratorio aéreo, donde se continúan las transformaciones y combinaciones operadas en el fondo y en la superficie terrestre y marítima, y se reciben las primeras impresiones que nos hacen sentir el contacto con el universo, tenemos los vivientes y conscientes, contra todos los sofismas inventados e interpuestos por los privilegiados, grandes recursos de vida y no menos grandiosos objetos de estudio y admiración,

ofrecidos a todos por la Naturaleza sin distinción, exclusión, ni medida, a saber: una masa de aire que carga sobre nosotros el enorme peso de 18,000 kilogramos,* que nos rodea por todas partes y que distiende nuestros vasos, produciendo en nuestro cuerpo una especie de equilibrio fisiológico; una respiración por la que introducimos en nuestros pulmones, a razón de 900 inspiraciones por hora, medio metro cúbico de ese aire, que exhalamos después por la expiración, trocada su combinación primitiva en cierta proporción de ácido carbónico descontada del oxígeno y del azoe; una atenuada y perfecta adaptación a nuestro modo de ser de los ardores de los rayos calóricos que nos envía el Sol; una refracción y reflexión de esos mismos rayos en su efecto luminoso, acomodadas a nuestro órgano visual y a nuestra necesidad de ver; una propagación de los sonidos que facilita el medio de comunicación más importante entre los hombres, la palabra, y sirve de medio de apreciación de las bellezas de la melodía y de la armonía, la elevación a las alturas, en forma de nubes, de grandes cantidades de agua que mantienen la humedad atmosférica y proporcionan los beneficios de la lluvia; la formación de poderosa fuerza motriz aplicable a la industria y a la navegación, y por último, prescindiendo de otros muchos beneficios cuya detallada exposición sería larguísima, por la movilidad de esa gran masa aérea en sus grandes desequilibrios, circula el polen

* N.E.- La presión atmosférica, a nivel del mar y a 25° de temperatura, corresponde a 10,3 toneladas, o lo que es lo mismo 10.300 kg.

fecundante de la flor, generador del fruto, a través de los mares y de los continentes, poniendo en comunión de medios vitales la generalidad de los seres vivientes y sirviendo espléndidamente el banquete de la solidaridad y de la fraternidad universales.

Prométenos aún el aire ayuda para obtener un beneficio más, que, sin exceder en importancia a los señalados y aún a los omitidos, la tendrá grandísima para lo porvenir. Hasta el día, las tendencias libertadoras de la generalidad de los hombres se han estrellado contra los recursos liberticidas de los tiranos. Fraccionada la familia humana por los lazos que le han ligado siempre al suelo, los jefes del privilegio, aherrojando las fracciones interfronterizas con instituciones autoritarias y coercitivas, habían imposibilitado su liberación; mas en un futuro, quizá próximo, dados los grandes trabajos que, unidos a los de los sociólogos, acumulan los que se dedican a la conquista del aire, por la aviación y la navegación aérea se inutilizarán las fronteras, se imposibilitarán las aduanas, se derogarán los aranceles prohibitivos, y un cambio libre de toda traba dará la norma para la reorganización de la sociedad.

EL HOMBRE

He llegado a un punto cuya gravedad me intimida, debiendo buscar sólido y respetable apoyo. Lo bueno es que este no falta nunca, y menos al que busca simplemente la verdad.

Según Letourneau, entre el tipo humano y el conjunto de las especies zoológicas existe identidad fundamental. En todo el reino animal la substancia viva es química y biológicamente la misma, y sabido es que durante la fase embriológica de su desarrollo, cada hombre recapitula la historia genealógica de su especie a partir de la célula original.

Haeckel afirma que en el hombre, como en los demás animales, todos los tejidos se componen de elementos microscópicos idénticos, las células; y esos organismos elementales son como ciudadanos autónomos que, reunidos por millones, constituyen nuestro cuerpo, verdadera república celular. Más aún; la anatomía comparada demuestra que la conformación del cuerpo del hombre y la de los monos antropoides es la misma, y que si entre ambas especies hay diferencias de tamaño y de forma, también las hay entre las diversas razas, entre los individuos en general y aun entre hermanos, sin que esas diferencias individuales contraríen la ley fundamental de conformación corpórea.

Con estas afirmaciones científicas, dignas de crédito, aunque contrarias a las míticas y místicas que creen o afectan creer los del rebaño de Panurgo, es posible aventurarse, no a juzgar el hombre,

tarea superior a mis recursos, sino a trazar algunas líneas generales negativas y positivas, que bosquejen toscamente su ser, útiles quizá para orientar a los que desechen el error tradicional y quieran iniciarse en el conocimiento de la verdad.

En primer lugar, si el hombre fuera el producto final del día sexto del Génesis, se hubiera presentado perfecto desde el momento de su creación, y aun admitiendo el primitivo estado de ignorancia y de inocencia, el progreso consiguiente hubiera sido isócrono en el mundo y no habría razas rezagadas ni enemigas; no de otra manera puede concebirse la obra del justo y omnisciente creador.

Después, aceptando con Romanes que la ciencia ha destruido la valla psicológica que se suponía existir entre el hombre y las otras especies animales; que hay un enlace natural entre los instintos más sencillos y las impresiones de las unas y los más perfectos fenómenos de la conciencia y de la razón en el otro, no habiendo, pues, entre instinto e inteligencia, más que una diferencia circunstancial de grado en manera alguna esencial, compréndese fácilmente que nuestros más primitivos antepasados no harían sino perfeccionar las prácticas habituales de los monos, que ya sabían abrir los frutos duros con una piedra, o servirse de ella como proyectil para su defensa. De esto a utilizar un pedernal cortante no hay más que un paso; otro paso más difícil condujo a hacer cortante una piedra que no lo era o tenía un corte insuficiente, y el antropopiteca o salvaje inferior que lo dio fue el iniciador de la

industria humana. Las generaciones sucesivas no han hecho más que imitar y perfeccionar aquella obra insigne acumulando mejoras. Después, modificando y corrigiendo el medio, y formando grupos que van desde el clan primitivo y no pararán hasta constituir la gran familia única, instituyeron la solidaridad, crearon el lenguaje articulado, perfeccionaron la caza y la pesca, utilizaron el fuego, apacentaron ganados, fueron agricultores, alfareros, obreros inteligentes en todas las industrias y llegaron a ser artistas y sabios.

Pero no perdamos de vista que frente a un progreso que eleva las llamadas facultades psíquicas, que no son tales facultades sino perfeccionamientos de las mismas funciones ejecutadas por la serie de especies inferiores, existe el estacionamiento de los rezagados, en que hay razas humanas que viven intelectualmente en el período de lo que se llama el instinto animal, y mientras hay hombres que producen maravillas de cálculo, de conocimiento y de producción, con el telescopio, el microscopio, el vapor y la electricidad, y asombran con sus creaciones artísticas, hay míseros salvajes que viven desnudos, en las selvas y solo cuentan hasta tres.

Ahora, desprendido el concepto racional *hombre* de los errores teológico-tradicionales, pongámosle frente a la soberbia de los privilegiados con este grandioso y admirable pensamiento de Pi y Margall:

—*Homo sibi Deus*, ha dicho un filósofo alemán: el hombre es para sí su realidad, su derecho, su Dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma; es el ser de los seres; es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira a determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.

Y a género que tiene semejante tipo de generalización, hay quién quiere dividir en privilegiados y desheredados, unos en nombre de una especie de economía divina, sosteniendo que siempre habrá pobres en el mundo, otros privando a éstos, en beneficio exclusivo de sus antagonistas, del banquete de la vida. ¡Qué iniquidad!

EL ESTUDIO

“El hombre es la medida de todas las cosas”, ha dicho un sabio; frase admirable de verdad, de grandiosidad sintética y de exactitud definidora. En efecto, el hombre observa, estudia, medita; multiplica sus medios de observación; halla incesantes objetos de estudio; da mayor extensión a sus meditaciones, y entre lo que ve, lo que conoce, lo que combina en su entendimiento y lo que es capaz de observar, estudiar y meditar; resulta que la materia viva que constituye este mundo que habitamos fragmento del universo infinito, por desarrollos y perfeccionamientos sucesivos que van desde la monera al hombre, llega a reunir en una sola idea la vida pasiva (la substancia) y la vida activa (la energía), reconstituyendo así todo, después de vivir y vegetar, la unidad fundamental primitiva.

Con la observación y el juicio, la experiencia y el razonamiento, el hombre induce (infiere un hecho de otro), y deduce (saca una consecuencia de un razonamiento), y en último término sabe. Del conocimiento de ciertos hechos se han inferido los principios que rigen el orden del mundo, y recíprocamente, del conocimiento de esos principios se ha deducido la existencia de hechos antes ignorados. Galileo estudia los movimientos del péndulo, y de su estudio infiere la rotación de la Tierra. Darwin observa hechos naturales, y de esta observación deduce la teoría del transformismo.

De la observación del fenómeno que causa el día y la noche surgieron aplicaciones a la agricultura y a la cronología; de la necesidad de conocer la medida de los terrenos después de las inundaciones periódicas del Nilo, y mediante conocimientos agrícolas y astronómicos, resultó la geometría; de la exposición pública de los enfermos y aplicación de los remedios empíricos nació la medicina; del atento estudio de los sonidos articulados y inarticulados se produjo el alfabeto y la escala musical, que con sus letras y sus notas extienden al infinito el mundo de la inteligencia lo mismo que el del sentimiento; por el descubrimiento de la brújula, en el siglo XIII en Europa, aunque diez siglos antes de nuestra era en China, se pudo navegar siguiendo en el mar rumbo tan seguro como los de los caminos en tierra; por los descubrimientos de la imprenta, del telescopio y del microscopio y con la aplicación al cálculo de la numeración arábiga, el estudio ha adquirido amplitud y estabilidad extraordinarias: lo que individualmente se sabe, se escribe e imprime, toma el carácter de conocimiento humano, porque cada inteligencia es un foco intelectual que irradia por todas partes y para siempre, además con el telescopio vemos los infinitamente grandes diseminados por el espacio, y con el microscopio estudiamos los infinitamente pequeños que nos rodean o que habitan en nuestro cuerpo; y de unos y otros, por la reflexión y el cálculo, por la constitución de grupos de estudios perfectamente metodizados formando ciencias concretas, sacamos aplicaciones utilísimas a la vida individual y colectiva.

Y de tal manera ha progresado el estudio y consiguientemente se ha acrecentado el caudal de los conocimientos, que si en el siglo XV pudo un Pico della Mirándola adoptar como divisa *De omne re scibili* (De todas las cosas que pueden saberse), y preciarse de desvanecer toda duda de cuanto el hombre puede saber, *et quibusclam alus* (y otras muchas más), como añadió Voltaire, irónicamente, de tal modo han cambiado las cosas de entonces al día, que ni siquiera en un ramo del saber, singularizado por un fin práctico y científico determinado con el nombre de una ciencia, puede ya brillar la generalidad de los hombres estudiosos, que se ven forzados a limitarse a las especialidades. Fuerza es reconocerlo; el cerebro, admirable aparato conservador de los conocimientos que adquiere, tiene una potencia finita, y si desde la infancia, cuando se halla aún vacío, y luego en el curso de la vida, retiene cuanto aprende, verdadero o erróneo, llega a un estado y a una época en que se encuentra atestado, y por eso ocurre frecuentemente que la sabiduría atribuida a los ancianos es sólo rémora rutinaria contra el verdadero saber.

De todos modos, las deficiencias del hombre individual las subsana el hombre colectivo, y siempre tendremos que lo que uno aprende lo sabe para conocimiento y aplicación práctica de todos. El espíritu de solidaridad, la identidad en el género humano, la facilidad de fijación y transmisión de la idea, del descubrimiento y de su utilización práctica son universales, y si el privilegio y el nacionalismo ponen obstáculos religiosos, jurídicos y políticos, no

han podido impedir que la luz de la inteligencia brille en todas las latitudes, ni que de las ínfimas clases sociales surja el genio en toda su magistral grandeza.

He aquí por qué la fraternidad humana pugna resueltamente contra la mezquindad exclusiva y restrictiva de los usurpadores.

EL TRABAJO

La monera, el antropopiteca, el hombre, tipos que representan resúmenes de grandiosos movimientos vitales anteriormente eternos, cada uno en su ambiente y con sus medios propios, han sentido necesidad, han comprendido el modo de satisfacerla, han trabajado y han gozado de una satisfacción. Es decir, la materia, por la positiva e íntima eficacia de su substancia (lo que es esencial) y de su energía (lo que obra), vive organizada, evoluciona, perfecciona su organización, realiza cuantos actos necesita para vivir y para seguir viviendo, y acumula trabajo elaborado, que en parte consume, transformándolo por adaptación reparadora y nutritiva, y en parte reserva como medio creador de nuevas energías y de múltiples y grandes productos, formando así ese inmenso capital de bondad, de belleza y de justicia, cuyo inventario, con toda su grandeza, cabe, si no en el cerebro de un hombre, en el cerebro colectivo de la humanidad.

Las razas y los pueblos que más han avanzado en el progreso, ya que no la humanidad entera, han caminado mucho desde aquellas remotas edades en que todos, a semejanza de los semi-primitivos actuales, vivían de la caza, que era refriega feroz terminada en sanguinolenta antropofagia, y en que no se dejaba a los herederos más que una caverna por vivienda y pobres instrumentos y armas de piedra para el trabajo y para la guerra, condiciones ambas indispensables para ir viviendo.

Por el trabajo, pues, que es observación, estudio, método, generalización serial, aplicación práctica y transformación aplicable a la realización de deseos y a la satisfacción de necesidades individuales y colectivas, tenemos hoy terrenos habitables donde había enmarañados bosques, pantanos cenagosos y climas insanos; tierras antes estériles nos suministran ricas y abundantes mieses; rocas abruptas que contenían guaridas de fieras, sostienen en la actualidad terraplenes donde se cultiva la vid y el olivo; plantas antes silvestres, de fruto áspero y raíces no comestibles, transformadas por injertos y reiterados cultivos, practicando la selección mucho antes de que la ciencia formulara su ley, se han convertido en hortalizas o árboles frutales útiles y agradables; extensísima red de caminos férreos y carreteras que surcan la tierra, cruzan los ríos y horadan las montañas, ponen en comunicación rápida y directa la aldea y la ciudad, distribuyendo incesantemente la producción y facilitando el trato, el conocimiento, la comunicación intelectual y aun la amistad de las gentes de las más apartadas regiones; los ríos son navegables; las costas, conocidas y accesibles; los tesoros minerales, desentrañados, y donde quiera que se entrecruzan las vías de distribución y de correspondencia brotan y crecen ciudades en cuyo recinto se acumulan las riquezas de la industria, de las artes y de las ciencias.

Millones de seres humanos, dice Kropotkine, han trabajado para crear esta civilización de que hoy nos gloriamos; otros muchos, diseminados por toda la tierra, trabajan para sostenerla y

extenderla; no pocos han de pensar, trabajar, luchar y sacrificarse para civilizar los salvajes que viven en el seno de la sociedad civilizada, y para elevar las hordas de la barbarie a la altura de la vida consciente y progresiva.

Hasta lo que parece más personal, el pensamiento, la inspiración y el ingenio mecánico, es obra colectiva, trabajo de todos.

Sabios, pensadores y artistas de todas las épocas han trabajado para elaborar el conocimiento, suscitar la admiración de la belleza, educar las pasiones, extinguir el error y crear cierta atmósfera de criterio científico; millares de inventores han sido los precursores de esas admirables máquinas modernas que facilitan, multiplican y distribuyen la producción.

Adelantando siempre, es decir, trabajando, podemos considerarnos en la buena vía: mas; si tenemos aún en cuenta que hemos sometido al trabajo para nuestro provecho, las fuerzas naturales, hasta el punto de que para 1.500 o 1.600 millones de habitantes que cuenta nuestro Globo,^{*} poseemos una fuerza lo menos de 200 millones de caballos de vapor; que cada fuerza caballo técnico representa tres caballos, y cada caballo equivale a la fuerza de siete hombres, resulta que, aun prescindiendo de otros medios de producción mecánica, hemos multiplicado prodigiosamente nuestra fuerza y nuestra capacidad productora, puesto que con el solo trabajo de conservación y vigilancia,

* N.E.- Actualmente, la población mundial supera los 7.000 millones de personas.

tenemos en actividad constante más de 2.000 millones de fuerzas humanas.

Cuéntese además que este acrecentamiento de fuerza procede hasta ahora de la fracción civilizada de la humanidad, con exclusión de los parásitos del privilegio y de las razas rezagadas y estacionarias, quienes, por la fuerza expansiva de la fracción humana culta, mediante la reorganización social, y por la colonización burguesa primero, y la confraternidad libre después, agregarán todas sus energías al acerbo común, dando a la producción, a la vida, a la justicia, a la economía y a la felicidad las sublimes proporciones que, después de haber arrojado a la sociedad presente la crítica terrible de *Germinal* entrevió el genio de Zola en su grandiosa obra *El Trabajo*.

EL PRODUCTO

El hombre, aprovechando los bienes que encuentra en la tierra, el agua y el aire, conocidos y analizados por el estudio y combinados por el trabajo, mediante su capacidad intelectual y enérgica, crea el producto, y con él la producción, resultado de aquel elevado a maravillosa potencia.

Respecto de la agricultura, como dice Kropotkine, el agricultor moderno, se satisface con una mínima parcela de tierra para, sacar de ella todo el alimento vegetal de una familia; para alimentar veinticinco cabezas de ganado vacuno, no necesita más espacio del que antes exigía una sola, modifica científicamente el suelo; desdeña las estaciones; fabrica climas artificiales, calentando el aire y la tierra en torno de la tierna planta, y produce en una hectárea, sin temor a los años malos, lo que antes no se recolectaba en cincuenta. Véase como demostración este dato: grandes granjas del oeste de los Estados Unidos, con un terreno inferior al mejorado del mundo antiguo, que comprenden miles de hectáreas, en las que se obtienen aún cosechas menores que en las del Este de América y en las europeas, cien hombres con máquinas poderosas producen para abastecer anualmente de pan a domicilio a diez mil personas. Calcúlese lo que por los procedimientos modernos y con buen régimen económico puede aumentar la producción agrícola.

Aun son más admirables los progresos de la industria: tratando de producir con la menor pérdida posible de fuerza humana la mayor suma que pueda, obtenerse de los productos necesarios para el bienestar de todos, sin lograr este resultado por culpa del régimen económico, fundado en errores antiguos sostenidos por indignas conveniencias del privilegio, hemos llegado a sentir la crisis del exceso de producción, que ha dejado sin ocupación y en la miseria a miles de obreros ante los almacenes atestados de productos, consintiendo los capitalistas en destruirlos antes que abaratar los precios. En cuanto al progreso industrial, nos limitaremos a este dato: con las máquinas modernas, cien hombres en un año fabrican ropa con qué vestir a veinte mil.

Con las facilidades del transporte y de la correspondencia para las necesidades de la industria, del consumo y del cambio, circulan constantemente a miles por tierra y por mar en trenes y trasatlánticos, aparte de innumerables vehículos de todas clases, cargados de primeras materias y productos elaborados.

El producto científico, no menos portentoso y abundante en estos últimos tiempos, abriendo nuevas vías al pensamiento y a la actividad, nos ha dado la teoría celular, que descubre el verdadero sentido de los procesos físicos y químicos, lo mismo que los fenómenos de la vida psicológica; la demostración de la unidad de las fuerzas de la naturaleza, resultado de grandes adelantos de la física; la ley de la substancia y de la energía, resumen de los

progresos de la física y de la química; la teoría de la evolución, su necesario complemento, y con la sociología positiva y comparada se ha llegado a dar previsión científica al ideal.

Contrariando la terrible y falsa fórmula malthusiana, especie de evangelio de los privilegiados, que negaba a los desheredados el derecho al banquete de la vida, es lo cierto que si existe una ley económica bien establecida y evidentemente demostrada, es esta: “El hombre produce más de lo que consume”. Un grupo de agricultores produce siempre con exceso sobre el propio consumo; con los productores industriales, artísticos y científicos sucede otro tanto; con las facilidades del transporte se cambian y pueden cambiarse hasta llegar a todos los puntos habitados del globo todo género de productos. Más aún: un campo que se rotura es una riqueza presente y futura; un campesino que planta un árbol crea frutos para sus nietos; un invento industrial, un descubrimiento científico y una creación artística son producciones que quedan eternamente para satisfacción de necesidades materiales y morales de las generaciones venideras, siendo a la vez origen de nuevas y multiplicadas producciones; el camino, el puente, el canal, el puerto, el barco, la casa, los muebles, el libro, el cuadro, el museo, la academia, la universidad, la fábrica, la mina y muchos etcéteras que pueden añadirse representan resúmenes de conocimientos y trabajos legados por generaciones anteriores, sacrificios impuestos en vista de necesidades presentes y una riqueza de poder y de saber legada por la generación viviente a sus sucesoras.

El producto, pues, satisface una necesidad del momento, del día, del año, de siempre; sirve para los que viven hoy y para la humanidad entera.

Además de todo eso, el producto representa una reparación histórica. A costa de sacrificios, penalidades, tanteos y triunfos gloriosos del saber y del poder, nuestros precursores han creado una civilización que, si es rica en sí, nosotros no hemos sabido hacer que sea justa ni bella, aunque tenga la cualidad de ser progresiva. Pues con el producto presente pagamos en cierto modo a nuestros antecesores, dando la mano a nuestros hermanos semiprimitivos y salvajes para que se pongan cuanto antes a nuestro nivel, quienes a su vez nos recompensarán dándonos nuevos elementos vitales que reparen los desperfectos de nuestra degeneración, causada por nuestros errores y nuestros vicios.

La humanidad, pues, se nivelará, se regenerará, y con la fuerza de todos y cada uno de sus miembros se lanzará a la vía de lo porvenir.

LA NECESIDAD

Según Letourneau, la conciencia psicofisiológica es la propiedad fundamental de sentir, de percibir los choques y las vibraciones moleculares y de repercutir en fenómenos psíquicos, impresiones, sensaciones, deseos, voliciones, juicios y razonamientos que en todos los animales poseen ciertas células nerviosas.

El fenómeno primordial de la vida, el doble cambio molecular que se efectúa en el seno de los tejidos orgánicos en la planta y en el animal, lo que se llama asimilación y desasimilación, se produce mediante numerosas asociaciones de movimientos automáticos y actos nerviosos. De estas reacciones, las más urgentemente necesarias, las referentes a la alimentación, por ejemplo, se renuevan espontáneamente, se convierten en costumbre y se hacen hereditarias. El hambre y la sed, entre otras, son fórmulas mentales, eco consciente de malestar nutritivo, el grito de los órganos que necesitan funcionar, todos sienten la necesidad, todos viven impulsando la vida.

Partiendo de estos datos científicos y aplicándolos a la sociología, hallamos que la necesidad es un desequilibrio vital, de índole material o moral, que impulsa la actividad humana.

El hombre siente necesidad por hambre, sed, calor, frío, ignorancia, saber, egoísmo, altruismo, amor, odio, vanidad, etc; procura satisfacer esas necesidades, y como tiene poder, juicio, experiencia y previsión, produce, retiene y conserva.

En la naturaleza, si no puede admitirse, si no disculpador de la ignorancia que cubra con milagros los errores cosmólogo-teológicos del dogma, tampoco hay órganos fuertes que funcionen de limosna para favorecer órganos débiles; cada cual tiene su modo de vivir, y la vida total, resumen concertado de todas las vidas parciales, es patrimonio de todo lo que siente una necesidad y es apto para satisfacerla, sea por suficiencia de poder individual, como lo hacen los fuertes y bien dotados en todos los órdenes del vivir, sea por la resistencia mutua a que recurren los débiles y mal dotados.

La necesidad, idea abstracta que nos representa lo absolutamente preciso, aquello sin lo cual acaba la vida, lo que por encadenamiento de necesidades puede llevarnos al supremo conocimiento lo mismo que a la concepción de la no existencia, de la nada absoluta; esa necesidad, fuerza motriz de todo tiempo y de todo lugar, es el motor universal.

Para el sabio y para el filósofo verdaderos, la necesidad considerada como impulso creador sustituye con ventaja al Jehová y al Júpiter míticos y metafísicos (*metafísica*, fuera de las cosas físicas), que, “siendo los que son”, según la leyenda exotérica, se suponía que eran antes que existieran las cosas, vivieran los animales y vegetaran las plantas; porque la necesidad es la vida misma distribuida en la inmensidad infinita del ser, animándose a sí propia, siendo agente y paciente, y dando muestra patente a todo

observador despreocupado de errores tradicionales, de que la substancia y la energía son todo, y no dejan sitio ni agarradero posible a la hipótesis bíblico-genesiaca.

En la sociedad de los hombres, la necesidad, bien o mal orientada, es una ley suprema: por necesidad de satisfacer nuestra ingénita necesidad, se cree cuando no se sabe, llenando nuestro entendimiento con errores y ficciones por ignorarse verdades y realidades; porque se teme al malo y fuerte, se ha sentido la necesidad de crear una justicia extraterrena y otra humana con leyes, tribunales y castigos para los malos, y tranquilidad y buena opinión para los buenos, aunque el resultado haya sido siempre contraproducente; porque la historia y la realidad presente demuestran que la autoridad, falseando su objetivo teórico, se ha convertido en abuso personal y en justificación de abusos sociales, se sintieron necesidades libertadoras y emancipadoras; porque en la naturaleza, si abundan las primeras materias para todo, hay necesidad de transformarlas para hacerlas adaptables a nuestros usos, es necesario el trabajo, y si no se logra el producto para todos en condiciones equitativas y en relación con la necesidad, cúlpese a la mala organización de la producción y a que la distribución irregular, antieconómica e injusta ha creado clases y jerarquías que han convertido el teórico contrato social en una especie de pacto leonino que necesita la revisión revolucionaria; porque el privilegio, hijo de la desigualdad social, atrae la enemistad de los desheredados, necesita el amparo del poder

coercitivo de la autoridad; porque se ama con impulso íntimo necesitado de complemento, sentimos necesidad de fijar nuestro amoroso sentimiento en un ser de nuestra especie y de distinto sexo, o en un hombre o mujer por amistad, o en una abstracción ideal, representación de nuestros pensamientos, o en un ser que se nos aparezca excepcionalmente bello o embellecido.

Supóngase suspendida por un momento la acción de la necesidad, y se nos representaría paralizada, imposibilitada toda vida y aun en esta absurda suposición, la muerte, la destrucción y el aniquilamiento serían totalmente necesarios.

Es, pues, la necesidad la primera condición de vida.

LA SATISFACCIÓN

Tomo, de las varias acepciones que da nuestro léxico a las palabras *satisfacción* y *satisfacer*, la más positiva y directa, a saber: “acción y efecto de saciar un apetito”, y a ella me atengo.

Hemos visto la necesidad obrando, como impulsora de la actividad; pues su complemento necesario, la satisfacción, es también fuerza motriz que obra como estímulo; es decir, una, reclamando la satisfacción de una necesidad sentida en forma de un deseo; otra, sugiriendo nuevas energías, para satisfacer necesidades y deseos sucesivos en vista de buen éxito obtenido; ambas, sirviendo de causa y objeto a la vida. Necesidad y satisfacción constituyen un dualismo aparente; son dos fases de un mismo fenómeno.

Si hemos llegado a vivir, es que ha habido en el conjunto viviente poder bastante y fatalidad inevitable para crear nuestra individualidad: una necesidad exigente y poderosa nos ha formado; la satisfacción más o menos completa nos conserva. Sería absurda, la existencia que no llenara estas dos condiciones. De ahí la inmanencia del derecho a ser que tiene el ser, y también el llamado instinto de conservación en todo lo que vive y vegeta, que, según los medios y las circunstancias, se traduce en defensa y ataque, o, por mejor decir, en actividad incesante, en trabajo, en movimiento; que eso es vida. Y si se ha podido decir que las aves no siembran ni siegan, y los lirios no labran ni hilan, y aquellas

comen y estos van mejor vestidos que Salomón con todo su esplendor, se debe a que el autor o autores de los libros santos, ignorantes y malos observadores, inspirados por la imaginación y no por el conocimiento, habían de forjar leyendas para el creyente, no descubrir verdades para hombres juiciosos.

Sabemos que en la tierra, en el agua y en el aire, vidas y elementos vitales procedentes del concierto universal, tiene el hombre recursos naturales de vida, que, unidos a los que resultan de su organismo y de su propia vitalidad, extienden su poder. Lo que confirma y amplía Reclús con estas palabras:

Las condiciones del suelo, del clima y de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la historia, muestran el acuerdo entre los Hombres y la Tierra, y todas las acciones y todas las maneras de obrar de los pueblos se explican, cómo relación de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.

Por su parte, Haeckel, haciendo el resumen de los progresos del siglo XIX dice:

“Todas las personas instruidas convienen en reconocer que, bajo muchas relaciones, este siglo ha excedido infinitamente a los precedentes y ha resuelto problemas que a su principio parecían insolubles. No solo los progresos han sido sorprendentes en la ciencia teórica, en el conocimiento real de la naturaleza, sino

que su maravillosa aplicación práctica a la técnica, a la industria, al comercio, etc, tan fecunda en resultados admirables, ha impreso a toda nuestra vida intelectual moderna un carácter absolutamente nuevo.”

Conste para el objeto especial de este capítulo: la necesidad está sobradamente cubierta por la satisfacción; primero, por lo que podemos denominar dones espontáneos de la naturaleza; después, como resultado de la inteligencia y de la actividad del hombre, por el estudio, el trabajo y el consiguiente producto.

Ahora continúo con la cita anterior de Haeckel:

“Mas por otra parte, hay importantes dominios de la vida moral y de las relaciones sociales, sobre los cuales no podemos reivindicar más que un débil progreso con relación a los siglos anteriores y frecuentemente, por desgracia, hallamos un retroceso.”

¡Ah sí; harto lo sabemos los trabajadores! Pero desde que hemos visto surgir en la civilización moderna la anómala, absurda y hasta inverosímil crisis del hambre por exceso de producción, comentada y explicada como cosa corriente e inevitable por los economistas, por los que aprenden en la Universidad ciencia oficial concordada con el dogma y con el derecho escrito aunque en oposición con la razón y la justicia; cuando hemos visto que en una sociedad científica de París se ha llegado a decir que en Francia sobran cinco o seis millones de trabajadores, lo que supone unos cuantos

millones más que representan sus familias condenados a muerte en una nación democrática, y nos hemos hecho cargo de la tranquilidad con que los ahítos malthusianos quieren arrojar del banquete de la vida a los que no poseen la privilegiada cuchara, nos hemos propuesto restablecer el equilibrio moral y económico en el mundo, persuadidos de que a nosotros incumbe misión tan importante, y a él vamos, y la historia contemporánea lo demuestra. Por eso, en este pensamiento final de la cita —“Este conflicto manifiesto produce, no sólo, un sentimiento de malestar, revela la existencia de una escisión interna, de una mentira, sino que además nos expone al peligro, de graves catástrofes sobre el terreno político y social”— sólo ven los trabajadores conscientes, los que ayer formaron La Internacional y hoy son el Proletariado Militante, una especie de profecía científica, una ofuscación burguesa, una prueba de la incapacidad progresiva de la burguesía y, por último, una esperanza proletaria.

LA SOLIDARIDAD

En el clan primitivo, según Letourneau, sufrió el hombre su primera corrección, adquirió sus primeros conocimientos y dio impulso inicial a su moralidad.

El clan es una aglomeración comunitaria, fundada sobre la más estrecha solidaridad; en él se han formado los rudimentos de las lenguas, de los mitos y de la industria, y nuestros más remotos antepasados humanos se adiestraron en la sociabilidad y hasta en el altruismo. Por supuesto que esas virtudes y obligaciones sociales regían únicamente para los individuos del mismo clan o para los clanes aliados; todos los demás eran enemigos, y se comprende: más allá del clan, es decir, más allá de donde llegaba la posibilidad de practicar la solidaridad, no había cubierto para nadie en el banquete de la vida; aquellos pobres primitivos, sintiéndose impotentes, desarmados y desprovistos, se imponían la ayuda mutua más como necesidad que como deber, y desconfiaban de sus congéneres con quienes no habían pactado solidaridad de ninguna especie.

El clan y no la familia, a pesar de todas las preocupaciones místico-jurídicas, es la positiva primitiva célula social. Los clanes aliados fomentaban la humanidad, porque de unos a otros se realizaban las uniones sexuales, rechazadas por consanguinidad entendida a su manera en la intimidad del propio clan; de modo que todos los hombres de un clan eran individual y colectivamente los

mandos de todas las mujeres del clan amigo, y recíprocamente. El parentesco era uterino y los hijos pertenecían al clan de la madre.

Por su carácter estrechamente solidario; la vida comunitaria producía la fuerza con la suma de muchas debilidades.

Ha existido, existe aún, a lo menos en Australia y tal vez en otras regiones, un período sociológico que puede denominarse edad del clan, lo mismo que existe una Edad de piedra, de hierro, etc, y los beneficios de aquella primitiva institución quedarán permanentes en el planeta hasta el término de su existencia; porque así es el progreso: acumulación indestructible de todo lo natural y racionalmente bueno descubierto por la inteligente actividad de los hombres, y consiguiente abandono de cuanto es producto de desviaciones equivocadas o de tanteos inconscientes o erróneos.

La transformación de los gritos, de las onomatopeyas, de los ademanes y de los gestos en lenguaje articulado; las ilusiones anímicas, convertidas en teogonias y cosmogonías; la numeración digital, la especulación intelectual, el fuego, las primeras armas, los instrumentos de caza y de pesca, el arado, los primeros utensilios de la vida sedentaria, el vestido, la cabaña, etc, todas esas creaciones primitivas, sin las que la escala zoológica se hubiera detenido en lo que en el día se tiene por especies precursoras, todo ha salido del clan, primer laboratorio social e intelectual.

Y al desvanecerse el clan por modificaciones introducidas por evolución propia, o adoptadas o impuestas por contactos con otras

razas más adelantadas, quedó, despojada de accesorios absurdos, la buena obra como riqueza humana sin limitación esencial positiva.

Hoy, que al comunismo del clan ha sucedido en la civilización moderna el individualismo burgués, la solidaridad subsiste.

Lo positivo es que ni aquellos comunistas eran perfectos solidarios, por cuanto tenían por esencial enemigo al extranjero; ni estos burgueses son absolutamente egoístas, ya que dan todo, aunque sea por dinero y con sujeción a los precios de tarifa o a las oscilaciones de la oferta y la demanda.

En el clan, aunque no siempre, era frecuente el abandono y aun el exterminio del niño poco viable, del inválido o del anciano; aquel comunismo tenía un reverso espantoso, motivado por el miedo a la escasez.

En el individualismo actual se halla el hombre de posición, que sacrifica su vida en obras colectivas como los viajes a los polos, la travesía del África, la observación de los volcanes, el estudio de una enfermedad infecciosa, etc, aparte de los innumerables que en el arte, en todos los ramos de las ciencias o luchando contra la bárbara tenacidad de los tiranos acosan a la rutina; y al privilegio en sus amuralladas guaridas; ese egoísmo produce generosos altruismos por desbordamiento de las energías y por el impulso que determina nuestro organismo a la unión, a la compenetración y al complemento recíproco que constituye nuestro individuo y la colectividad de que formamos parte.

Me complace en citar esta confirmación de Letourneau:

“La persistente educación dada a los hombres primitivos en el laboratorio sociológico del clan, ha inculcado a todo el género humano tendencias comunes, las cuales, hasta en los pueblos más civilizados de nuestros días, constituyen el modo más sólido de la moralidad y del carácter.”

Es, pues, la solidaridad, el concurso de todos a la insuficiencia de cada uno, refluendo asombrosamente beneficiada y abundante sobre individuos y colectividad.

LA VIDA

No espere de mí el lector una definición de la vida: tarea es esta harta ardua para mí y aun para muchos que parecen gozar de capacidad suficiente. Recorro a mi diccionario, como depósito donde ha de existir sabiduría almacenada para las deficiencias intelectuales de los individuos, y hallo: “*Vida* resultado del funcionamiento de los órganos”. No me satisface; porque sólo me habla de efecto y no de causa. Efectivamente: *resultado*, producto de una acción, de un hecho, de un principio; *funcionamiento*, manera de obrar de un ser; *órgano*, parte de un ser organizado, destinada a llenar una función necesaria o útil a la vida. Todo eso ¿por qué? No lo sabe el diccionario, ni yo, y no añadiré “ni me importa” porque asalta mi recuerdo este pensamiento de Letourneau en su *Psicología étnica*: “Las cuestiones de origen y de esencia, hay que legarlas a una ciencia futura mejor armada y más penetrante que la nuestra; más si el *porqué* de las cosas se nos escapa, el *cómo* queda accesible a nuestra investigación”, y esto me tranquiliza.

No obstante, esa ciencia “más penetrante” está a punto de constituirse, o a lo menos esa impresión causa el brillante resumen que expone Haeckel en *Los Enigmas del Universo* cuando trata de los progresos en los conocimientos naturales realizados durante el curso del pasado siglo, que han demostrado la unidad de las fuerzas de la Naturaleza, y han traído consigo el descubrimiento de

la ley de la substancia, ley cosmológica universal que demuestra la permanencia de la fuerza y la de la materia en el universo.

Dejando, pues, el porqué y fijándose en el cómo de la vida humana, en lo referente a mi objeto en este trabajo, observo un desacuerdo inmenso en el progreso de las ciencias; porque mientras las denominadas naturales alcanzan grandísimo esplendor, respecto de la sociología, ciencia pobre y desdeñada como demagógica por la enseñanza oficial, he aquí lo que Haeckel se ve obligado a declarar:

“Mientras contemplamos con legítimo orgullo los grandes progresos realizados por el siglo XIX en la ciencia y sus aplicaciones prácticas, un espectáculo desgraciadamente muy diferente se nos presenta si consideramos otros aspectos no menos importantes de la vida moderna. A pesar nuestro, hemos de suscribir aquí esta frase de Alfred Wallace: «Comparados a nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en *estado de barbarie*»”.

He aquí el problema: sabios que, a fuerza de método y sagacidad, han desentrañado profundos secretos naturales; que con el genio se han anticipado al conocimiento con hipótesis que

abarcan el universo y valían tanto como el pensamiento atribuido al creador en la leyenda genesiaca; que no han temido la excomuni6n ni la hoguera al aniquilar la revelaci6n y desvanecer el dogma, llevando con orgullo el dictado de *herejes*, contentanse con lamentos de ignorante, temiendo ser declarados *rebeldes* si, siendo l6gicos, opusieran la verdad y la raz6n a la absurda constituci6n de la sociedad, que es contraria a la vida y a la ley, que prescribe lo que la justicia proscribela, sin considerar que, destruyendo las creencias, —que son ligadura y redil—, se imposibilita la obediencia, —inaceptable al hombre libre y consciente—; o quiz6, culpables del crimen de lesa humanidad, pensarían al igual que cierto fil6sofo: la canalla necesita la divinidad y la vida ultraterrena; así pueden ser pobres, ignorantes, trabajadores y hambrientos por ańadidura.

Pues no seńor: la vida es acci6n y progresi6n, y el movimiento no se detiene, ni el progreso se estanca. Todo lo que vive exige el libre funcionamiento de sus 6rganos, y con mayor motivo el hombre, que es el organismo m6s complicado de nuestro planeta: para facilitar ese funcionamiento, y porque ha podido, ha creado y perfeccionado una industria, ha constituido una sociedad, y con tan poderosos auxiliares ha extendido su vida por el sentimiento, por la inteligencia y por la voluntad a las profundidades, a las distancias y a las alturas de lo absoluto y de lo infinito. Y la virtud de la vida es tal, conste a los comensales privilegiados del banquete de la vida, que cuando se le comprime de alg6n modo estalla en un terremoto, en una

tempestad, en una revolución, en una enfermedad, en una epidemia, como resultado potente de anteriores quejas, protestas, contrariedades, rozamientos y mínimas rebeldías.

Inútil discusión —lo consigno como resumen y recuerdo— la sostenida acerca del concepto de la vida entre esa multitud de escuelas que oscilan desde el sibaritismo hasta el estoicismo: ni todo es exclusivamente sexo y estómago, ni tampoco contemplación ni meditación; no solamente de pan vive el hombre, sino también de la palabra expresiva de la verdad. En el hombre y en la mujer material y moralmente bien equilibrados, cada necesidad forma rápidamente un deseo, el cual tira de su nervio y avisa al cerebro; éste ordena su inmediato cumplimiento a la voluntad. El cumplimiento regular de esas órdenes es la vida humana: para facilitarle y distribuir ese beneficio sin limitación se instituyó la sociedad, aunque digan otra cosa los usurpadores que buscan vivir con privilegio exclusivo.

EL AMOR

Tengo un amigo íntimo, que pudiera ser mi nieto: nos hemos conocido luchando por el ideal, que hemos comprendido y sentido de igual modo, existiendo además entre ambos cierta analogía de carácter causante de recíproca simpatía y firme amistad. A éste pedí la definición de Amor, y me ha dado la siguiente, que es quizá la misma o parecida a la que daría yo si se me quitaran cuarenta años de encima; es la siguiente:

“Arrostrando la moderna manía de sujetar todo a reglas fijas, a leyes matemáticas, hay algo que se alza rebelde contra las cavilaciones de señores sapientísimos. En medio de la actual corriente de materialismo, que seca el alma, se levanta intangible un sentimiento de purísima belleza, porque hasta él no llegan las injurias de los que, por su desgracia, no han nacido con corazón capaz de sentirlo. Es el Amor.

Egoísmo de dos, para unos; deseo carnal, para otros; rutina, para los más; cada uno, al hablar del amor, calumniándole, hace el resumen de su pobreza moral. Y entre tantos errores, el amor se manifiesta siempre grande, siempre bello; beneficiando a todos aunque sólo comprendido de los idealistas, de los que han sabido exceptuarse del torpe escepticismo del siglo”.

No es egoísmo de dos, sino deseo vehementísimo de hacer feliz al ser amado, aun a costa del propio sacrificio, de la renuncia, del olvido del yo. No es exclusivo deseo carnal; la posesión, si bien es una consecuencia natural, es un accesorio, nunca una finalidad. No es la rutina, el celo, porque el hombre, progresando siempre, no puede regresar a la animalidad primitiva. Los besos del amor, sentimiento insaciable, dan una sensación que pudiera definirse por la nostalgia del infinito, y causan una sensación de amargura, profunda, indefinible, semejante al brillo de un diamante en la oscuridad, que es tanto más bello cuanto más recóndito y diminuto. Desgraciado aquel que se ve privado del placer de la amargura.

Un hombre y una mujer que amen no pueden ser malos, porque llevan consigo el fundamento de toda bondad, en tal proporción, que las penas y dolores ajenos son obstáculos a la felicidad propia.

En una sociedad donde la unión del hombre y la mujer no sea un simple cambio de estado; de posición social o aceptación de una costumbre, los enamorados acudirán los primeros a enjugar las lágrimas de los que lloran o a llorar con ellos; cómo también los que aman son los que se emancipan de los prejuicios, se elevan sobre la corrupción dominante y brillan puros sobre todo egoísmo utilitario.

¡Amor! Hermoso sentimiento calumniado por los que no han acertado a comprenderlo, por los que le han confundido con la pasión bestial; él hace amable la vida; él dignifica al hombre y la

mujer, arrancándoles de la degradación para elevarles a la categoría de perfectos racionales; en él está la felicidad para todos.

Así es el amor para las almas grandes: sentimiento que redime y dignifica, sublime ideal de purísima belleza, sol de la vida.

Hasta aquí la definición de Jesús Navarro, buen amigo cuyo nombre me complazco en consignar aquí; definición de muchacho inteligente y bueno, que, lleno de pasión, toma la parte por el todo. Sí, eso es amor, pero no es el amor. Ama mucho el hombre a la mujer y la mujer al hombre en cierta época de la vida en que entre las bellezas de la más pura poesía prepondera la exuberancia vital creadora de nueva vida; pero antes amaron y amarán después con no menor intensidad a los padres, hermanos, hijos, amigos, compañeros, la humanidad, las concepciones intelectuales, lo bueno, y por degeneración, lo malo y lo rutinario, según el curso dado a las pasiones por la educación, la inclinación y el medio

El amor racionalmente comprendido como sentimiento de la mujer y del hombre equilibrados, es puro, es desinteresado, no teme rivalidades, no siente celos, considera el sacrificio como el más vulgar suceso, y produce amadores como Francisco de Asís, como Savonarola, como Bakounine, como Luisa Michel; reproduce la especie o permanece virgen, pero llena el mundo de conocimientos de instituciones civilizadoras, de monumentos gloriosos o levanta poderosas energías de lo profundo de las

atrofias sociales. Confirma este pensamiento Charles Lemaire en su *Initiation á la philosophie de la liberté* en los siguientes términos:

“No hay pasión que, en principio, sea más personal ni que inspire mayores sacrificios que la de la ciencia. Despojados los sabios en su gran mayoría de la creencia en la vida eterna que ha producido sacrificios interesados, el amor de la ciencia no ha cesado jamás de inspirar a los incrédulos la abnegación más sublime. Por la conquista de la verdad, cuyo fruto no debía recoger personalmente, no hay peligro que no haya arrojado el sabio. ¡Muchos, innumerables mártires cuenta la ciencia! Y la humanidad, ignorante y engañada, viene siendo siempre ingrata con los que osan arrancar el velo a la verdad en presencia del error, de la hipocresía y del egoísmo”.

Sin ese amor amplísimo a los desconocidos que sufren, a los que han de nacer cuando uno haya muerto, a la verdad que se va elaborando, a la justicia que ha de practicarse, a la belleza que ha de iluminar el mundo con los resplandores de la felicidad cuando las fuerzas naturales tengan sencilla continuación y complemento en las de inteligencia humana, amor que produce intensas alegrías al que le siente aunque le abrume la miseria o le oprima la tiranía, no existiría el progreso ni se derrocaría el dios Término.

BALANCE

Quedamos en que el hombre no es el ser degenerado por la usurpación o por la miseria, como quieren que sea los que proclaman el predominio exclusivo de la lucha por la existencia, desconociendo, o afectando desconocer el efecto neutralizador de la asociación para la lucha, sino que, por el contrario, según la frase de Reclús, *el Hombre es la Naturaleza conociéndose, y la Vida en general, y, por tanto la vida humana, es la correspondencia con el medio.*

El medio en que vive el hombre, ya lo hemos visto, no puede ser más apropiado, puesto que provee a todo con suficiencia; más aun, con exuberancia, con exceso.

Nada nos niega la Tierra, ni nada niega a la Tierra ni al Hombre el Agua ni el Aire porque donde la espontaneidad natural de las fuerzas vitales no alcanza, se levanta el poder de la inteligencia y de la actividad humanas a combinar substancias y producir, energías que, entregadas a sí mismas yacerían eternamente olvidadas o latentes, y que descubiertas por el estudio, dominadas por el trabajo, extendidas a todos, fuertes y débiles, por la solidaridad y por el amor y evocadas desde el gabinete o el laboratorio del sabio, acuden sumisas al servicio de nuestra necesidad para producir nuestra satisfacción.

No es el hombre un tipo representado por un individuo excepcional ni por una clase privilegiada que releguen a los demás

hombres a condición vil y despreciable; no. No es el hombre el autócrata que se diviniza, ni el pontífice que consagra errores, ni el legislador que legaliza absurdos, ni el gobernante que tiraniza hombres libres, ni el burgués que explota y sisa a trabajadores y consumidores, sino el Señor Todo-el-Mundo, comprendido en una gran colectividad compuesta de individuos en perfecta igualdad de condiciones, herederos y copartícipes del patrimonio universal, y desarrollándose después diversamente según su carácter, aptitudes e ideales, puesto que todas las vías quedan libres, todas las enseñanzas se exponen sin reservas, todas las bellezas solicitan admiradores y, por último, libres y a su alcance tiene todos los tesoros.

Así ha podido decir Novikow:

“En otro tiempo la humanidad estaba abrumada bajo el peso de males espantosos: la Tierra era un «valle de lágrimas», nuestros sufrimientos parecían eternos, y el alma desesperada procuraba librarse del peso de la existencia terrena con la creencia en una vida de ultratumba. No era posible la esperanza, y tanta resignación habla ante el dolor, que se tenía por conforme «al orden de cosas establecido por Dios».

Desaparecieron ya todos esos pueriles puntos de vista: el hombre ha levantado la cabeza, dueño ya de su destino, porque ha comprendido que la suma de

bienestar que puede gozar está en razón directa de su sabiduría, de su prudencia y de su laboriosidad, y que tiene poder suficiente para amoldar el globo que habita a su conveniencia, sacando recursos ilimitados. Por eso se resigna cada vez menos a soportar una masa de sufrimientos que no están en la íntima naturaleza de las cosas, y que podrían evitarse fácilmente, declarando al fin que la cuestión suprema, la extinción de la miseria no es insoluble. Pero hay que reconocerlo, todos esos puntos de vista son nuevos; nuestros antepasados tenían ideas diametralmente opuestas a las nuestras, y creyéndose incapaces para suprimir el dolor, le habían deificado.

Los terrores de la Edad Media han pasado para siempre, y ya vemos un paraíso relativo y posible en la tierra en un porvenir, más o menos próximo que sabemos positivamente ha de ser resultado de nuestra voluntad. Por lo mismo que ya no le juzgamos utópico, sentimos vivo e indomable deseo de alcanzarle, pareciéndonos más odioso, más vil y degradante el sufrimiento, mientras, que al contrario, el goce se nos presenta más bello, noble y grande. Por esta vía se llegará a mayor grado de perfección moral, porque el hombre concibe perfectamente que la dosis de goce que ambiciona para sí es exacta a la que sus semejantes han

de reivindicar también, y, por consecuencia, cuanta mayor extensión alcanza el goce propio, tanta mayor es la que reconoce han de alcanzar los otros. Así se eleva la moral, deseando cada individuo mayor felicidad para sus semejantes”.

Innecesario detallarlo: entre el debe y el haber de la humanidad hay riquísimo superávit. Kropotkine, en sus estudios sobre *los productos de la tierra y los productos de la industria*, basados en cálculos por nadie desmentidos, ha demostrado que con lo que se produce, a pesar de lo irregular y antieconómico de la producción regida por el privilegio, dado el número de habitantes del mundo, correspondería a cada uno tres raciones alimenticias y cinco raciones industriales. Hay todavía salvajes que viven en las edades prehistóricas, y civilizados que no han sabido poner en práctica la igualdad, hasta el punto de vivir en sociedades que comprenden como miembros sociales al pordiosero y al multimillonario; pero la verdad que arraiga en las conciencias y determina las voluntades ha de dar al fin frutos de justicia y de felicidad.

EL ARTE

Tras mucho leer en busca de una definición regular del arte, no diré que he perdido el tiempo, pero sí que he hallado una convicción negativa.

El caso es este: aparte de una gran diferencia de apreciación, efecto de las distancias que por clase y educación separan a los que vivimos juntos, poseemos un lenguaje rudimentario con el que son intransmisibles nuestras sensaciones por falta de medios de expresión. Así nos es imposible describir la emoción causada por la vista de una belleza, por una delicadeza del oído, del gusto, del tacto o del olfato, quedando casi reducidos a la interjección salvaje, diciendo como un primitivo: “¡que hermoso!”, “¡que horrible!”, “lo mismo me da” y el que nos oye sin conocer la causa se queda enterado. Es más; es imposible ponernos de acuerdo sobre el valor de las palabras *arte, belleza, gracia, elegancia, hermosura, moda, lo bonito, lo lindo, lo majo*, aunque haya más conformidad sobre el sentido de *lo feo*, no sin que Víctor Hugo con su *Quasimodo* haya dado al mundo una saludable advertencia sobre este punto. Y mientras nos manifestamos conformes respecto de ciertas abstracciones, y, dadas las ideas corrientes, podemos referir un hecho con todas sus circunstancias de modo que quienes nos oigan lo comprendan y juzguen, no hay medio de expresar con igual exactitud las particularidades de la belleza, por ejemplo, de una mujer, de lo sentido ante un espléndido paisaje, un

monumento, un cuadro, una estatua, un rasgo de inspiración poética, una melodía o uno de aquellos acordes que nos estremecen. Si no fuera bárbaro negar la estética, ciencia que, según dicen, trata de lo bello en general y del sentimiento que suscita en nosotros, aunque muchas veces predica en desierto, repetiría con Mirbeau:

“La obra de arte se siente y se la siente... Todo lo que se diga acerca de ella es palabrería estéril... No se afirma que una línea es bella queriendo explicar por qué lo es... Es bella... no hay más que decir”.

Dice Albert a este propósito que se aprecia mucho más la escultura griega y el arte gótico después de leer a Taine y a Ruskin: es indudable; pero eso es salirse del terreno del arte, y penetrar en la incumbencia de la pedagogía y de la justificación revolucionaria; la primera como guía de la infancia, la segunda como reparación a favor de los desheredados.

Recuerdo haber visto en mis mocedades un cuadro existente en el Museo de Madrid que representa el claustro y el patio de un edificio, admirable de perspectiva y de luz, del que oí decir que estaba en oposición con todas las reglas técnicas para obtener tales efectos. Sin duda el artista no quiso pasar por *artesano*, que habrían de ser los artistas si *arte* no fuera más que “aplicación de los conocimientos a la realización de una concepción”, como dicen los que ejercen la almotacenia del lenguaje, y llevaría

probablemente en sí algo de esa rebeldía contra las reglas y los tecnicismos que producen las obras maestras, las que quedan como únicas en el mundo y que después aceptan los necios y las academias como patrón y modelo, el cual perdura hasta que los repletos de reglas y faltos de inspiración, se encuentran con otro artista que se abre vía saltando sobre todos los cánones de la rutina y creando una nueva maravilla.

Tengo para mí, y valga mi opinión como una unidad de profano donde hay tantas opiniones de iniciados que dejan indiferente al que en ellas busca luz, que en el arte y en la justicia, que son dos manifestaciones de la verdad bajo el doble aspecto de lo bello y de lo bueno, no puede haber artistas ni justicieros de verdad a la escasa altura de nuestra civilización. Y si no, pregúntese a la generalidad de las gentes sobre estos asuntos, y se verá que dicen casi unánimemente; *arte* es un conjunto de reglas; *justicia* es una recopilación de leyes; *artista* es el que obtiene la primera medalla en un concurso; *justiciero* es el que condena a presidio al hambriento que comió pan sin comprarlo.

Pero me apresuro a declararlo: eso es arte y justicia de ignorante, de burgués, de mentira privilegiada, del que exige cosas bonitas porque las paga, y quiere que le quiten de delante pobres que le asustan, y también es arte de artista que sueña en ventajas materiales y en las ampulósidades de la fama.

El célebre Wagner, antes que músico fue compañero de Bakounine, y junto a él corrió graves peligros. Entonces sí que era artista; juntos aquellos dos hombres componían el más grandioso poema y la más bella sinfonía, concebían un mundo libre, y por la libertad se sacrificaban. Después Bakounine se quedó solo como el inspirador de inteligencias y excitador de voluntades de siervos y de proletarios; en la actualidad casi nadie se acuerda de él, siendo injuriado de cuando en cuando por algún periodista de esos que han de contentar al suscriptor con casa abierta. Wagner se separó de su peligroso amigo y se dedicó a poner en solfa tradiciones y supersticiones alemanas con éxito brillante, y el mundo le ha otorgado los honores de la fama, reconociéndole como artista eminente.

Como resumen: el arte, como la justicia, como la ciencia, no está en el salón suntuoso donde celebran la orgía los privilegiados del banquete maltusiano, sino fuera; primero como aspiración ideal en la mente de los que trabajan por justificar la humanidad organizándola en una sociedad decente y honrada; después como realización de ese ideal creando una sociedad de sabios y de buenos en cuyas frentes resplandezca la inspiración.

LA CIENCIA

La ciencia, dice Mirbeau, desobstruye los manantiales de la vida de todos los errores metafísicos que les ocultan a nuestra razón; conquista mundos inexplorados; interroga el infinito del espacio y la eternidad de la materia; busca en el fondo de los mares primitivos la materia primordial de donde salimos, y sigue su lento desarrollo a través de los millones de años y los millones de formas, hasta su evolución más perfecta, el hombre.

En efecto, la actividad científica es grandiosa, y en nuestros días, habría de retrocederse más de veinte siglos hasta llegar al renacimiento filosófico de Grecia, para encontrar un parangón al rápido desenvolvimiento del saber.

Tenemos, como uno de los acontecimientos más importantes de la ciencia moderna, la indestructibilidad de la energía, que ha inspirado todas las indagaciones modernas y ha acostumbrado al hombre a concebir la vida del universo como una serie de transformaciones energéticas en que nacimiento, evolución e inevitable destrucción del planeta es un episodio de escasa importancia en el conjunto del universo. Aun en la más oculta de todas las manifestaciones de la vida, la ciencia ha podido vislumbrar el mecanismo del pensamiento, siguiendo la vía indicada por la fisiología, y del inmenso campo de las costumbres, supersticiones, creencias, instituciones e ideales ha sacado el hombre luz vivísima para conocer y comprobar la evolución

progresiva de la humanidad, recibiendo de ese modo una doble lección de grandísimo alcance: en primer lugar ha aprendido a considerarse como una partícula del gran todo, despojándose de la vanidad que le inducía a creerse el centro del universo; después ha podido comprender que el poder humano es progresivo, dándole todos los medios de utilizar en su servicio las ilimitadas energías naturales.

Claro está; el dogmatismo de los privilegiados, tan arraigado en el tiempo, en las costumbres, en las instituciones, no podía menos de protestar, y aprovechando las debilidades de los científicos, ha tenido la osadía de proclamar “la bancarrota de la ciencia”, infligiendo así merecido castigo a los que después de perseguir el error hasta en sus más recónditos escondrijos y llevar a todas partes la investigación científica, se detienen ante los intereses, y no han tenido alientos para someter la propiedad al mismo análisis que la divinidad.

Mas como lo que es inevitable no se evita, lo que no han querido hacer hasta ahora los sabios ni los poderosos, lo harán las multitudes, y al efecto, consignando lo que todo el mundo ha visto, y como demostración del cambio operado en las iniciativas sociales progresivas, he aquí lo que dice un autor competente:

“Un inmenso movimiento, principalmente económico en sus orígenes, pero eminentemente ético en su substancia, nació en la primera mitad del siglo anterior y

se extendió con mucha amplitud con los nombres de fourierismo, sansimonismo y owenismo, y últimamente cómo socialismo internacional y anarquismo. Semejante movimiento sufrió un gran cambio mantenido por los trabajadores de todas las naciones, sin examinar verdaderamente los fundamentos de la concepción ética de la concurrencia; pero ha llegado a introducir en la vida real las condiciones bajo las cuales ha inaugurado un nuevo periodo en la vida ética de la humanidad”.

Y resulta que, contrariando el absolutismo exclusivista de la lucha por la existencia, con que la burguesía ha querido aburguesar la ciencia, los pobres, los desheredados, los trabajadores, imitando a las especies manifiestamente débiles y mal protegidas para la lucha, se asocian, se solidarizan, crean un gran poder material e intelectual y confían en el triunfo sobre sus enemigos, anulando la maldición de la servidumbre y de la miseria lanzada sobre grandes divisiones de la humanidad para favorecer a unos pocos distinguidos de modo irritante, porque han llegado a saber que la dicha puede asegurarse para todos sin el trabajo envilecido y excesivo del mayor número, demostrando en último término que mientras la lucha por la existencia dirige indiferentemente al progreso o al retroceso de la evolución, según sean las circunstancias y el impulso recibido, la práctica de la ayuda mutua es el gran agente que dirige siempre hacia el desenvolvimiento progresivo. Es el factor del progreso de la evolución.

Ahora la Ciencia está estancada en la Universidad, donde el Estado la vende al heredero del detentador de la riqueza social, y refrenada por la Academia para que no traspase los límites impuestos por el *orden vigente*, lo que explica que los sabios claudiquen en sociología; el conocimiento futuro, que ha de estar en contradicción con el error pretérito, puede aun topar con una nueva Junta de Salamanca que arguya necesidades inverosímiles contra el descubridor de un mundo, o con un tribunal de inquisidores que procese a un sucesor de Galileo y que decrete que la Tierra es el centro inmóvil del Universo, o con un tribunal civil que condene a presidio al que niegue con actos que la posesión es causa de legítima propiedad; pero ahí están esas muchedumbres obreras compuestas de hombres, que tienen conciencia de la inmanencia de su derecho, cada uno de los cuales está dispuesto a repetir, ante academias y tribunales, el herético y salvador *e pur si muove*, emancipando a la ciencia a la vez que emancipándose a sí mismos.

LA FELICIDAD

Los hombres, seres con alta conciencia de su personalidad, con elementos propios de vida, y cuando no, en posesión de condiciones naturales que pueden completarse por solidaridad, por amistad, por amor y además por mutualidad en estricta justicia, son socialmente libres e iguales, han de serlo por necesidad. No lo son aún, ni el que tiraniza ni el tiranizado, por no haber concluido todavía el periodo evolutivo de la propia constitución ni el de la organización solidaria de sus colectividades.

Por haberse localizado en países distintos y lejanos unos de otros, bajo la influencia de climas variados y diferentes medios de vitalidad, creándose como humanidades diversas, y a causa también de irrupciones y conquistas sometidas después a la acción del tiempo y de las fuerzas terrestres, han surgido razas y subrazas con caracteres especiales y rasgos distintivos múltiples y opuestos; resultando que mientras unas han hallado facilidades que han abierto libre vía a la evolución, otras por imposibilidad, o por no sentir la necesidad en un medio plácido y tranquilo, han permanecido estancadas en cierto grado primitivamente progresivo, o han progresado mucho más lentamente, conviniendo en diferencia y enemistad la que debía caracterizarse por pacífica unidad.

Por eso desde donde quiera que se examine el asunto, ni por el estudio de la prehistoria, ni por el de los salvajes actuales, se encuentra el hombre primitivo; acerca del cual dice Letourneau:

“Por lejos que llevemos los diversos procedimientos de investigación en el pasado del género humano, no nos presentan jamás un tipo bajo el cual no haya sitio más que para el animal. Poseemos desde hace pocos años restos óseos pertenecientes a un primate intermediario que no era ya un mono sin ser todavía un hombre; pero del género de vida, de la mentalidad de este antecesor probable de nuestra especie, nada sabemos absolutamente. Por su parte la prehistoria nos conduce seguramente al origen de la industria humana, pero nada dice del estado mental y social de los más remotos obreros de la prehistoria, siéndonos preciso recurrir a los más atrasados de nuestros prehistóricos contemporáneos”.

Es, pues, un progreso, la existencia misma del hombre, y en estado progresivo se nos presenta siempre a nuestra consideración, ya que la piedra tallada vale intelectualmente tanto como cualquier descubrimiento moderno. La pena producida por la necesidad, la aspiración formulada por el deseo y la satisfacción consiguiente a ver realizada la aspiración, dan la norma de la vida de la humanidad, desde aquellos inciertos tiempos del hombre

mono o del mono hombre hasta nuestros días. Así continuará la sociedad, satisfaciendo deseos hijos de necesidades, hasta crear una especie de mecanismo sociológico perfecto, en armónica concordancia con el individuo y con la colectividad, que desvanezca todo antagonismo, y vuelva la humanidad al clan primitivo, perfeccionado y adornado con todas las maravillas del arte y de la ciencia, enaltecido además por inalterable justicia que dé base firme a una perdurable felicidad.

Conquistada la naturaleza y destruido el privilegio, los humanos llevarán su derecho inmanente —entonces verdadera y prácticamente ilegislable e inalienable— en íntima e indisoluble unión con su personalidad, y como las zagalejas de la edad de oro soñada por Cervantes, correrán de valle en valle y de otero en otero, sin temores ni peligros, porque la trabazón de los derechos de todos serán la positiva salvaguardia del derecho de cada uno.

Y por esta vez la previsión poética sufrirá tremenda corrección; porque no es la edad de oro un estado de inocencia primitiva, ante el cual toda variación y progreso supondría malicia y dolor, sino al contrario, una constitución social futura en que, por un desbaste de la animalidad heredada, por un perfeccionamiento sucesivo y una organización científico-armónica en que todos colaboran al bien común y de él disfrutan, adquirirán los hombres y las mujeres el equilibrio fisiológico racional que les corresponde y a que tienen

derecho por haberlo construido con su inteligencia y con su voluntad tras innumerables y dolorosos sacrificios.

Futuras generaciones de sabios, artistas e industriales, sin plebe, masa ni vulgo, en que cada uno llegará, sin atrofia posible, al *máximum* de su poder, sintiéndose como el centro de aquel mundo de bondad y de belleza, darán la sensación de la felicidad suprema.

Al que lo dude le recordamos que, contra las negativas de los sensatos y de la gente de orden, la inducción, con Leverrier, descubrió un mundo, y con Hovelacque y Mortillet, presintió el *Homosismius* en 1873, que descubrió en 1894, en Java, Dubois, denominándole *Pithecanthropus erectus*. Nadie, pues, tiene derecho a dudar de esta profecía inductiva de Reclús:

“La sociedad anarquista es una comunidad de iguales, y será para todos una felicidad inmensa de que no podemos formar idea actualmente, vivir reconciliados todos; porque los intereses de dinero, de posición, de casta, no harán enemigos natos los unos de los otros; los hombres podrán estudiar juntos, tomar parte, según sus aptitudes personales, en las obras colectivas de la transformación planetaria, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; en una palabra gozarán de una vida libre, cada vez más amplia, poderosamente consciente y fraternal”.

Y contra la palabra de la ciencia y del amor no prevalecerán la ignorancia ni la malicia.

LA HUMANIDAD FUTURA

La sociabilidad, una, invariable e ilimitada en sí como manifestación de la solidaridad, se mantendrá firme, no tanto por no haber antagonismos que la contraríen, sino por haber alcanzado fuerza perdurable por el acarreo progresivo de los siglos.

Sobre base tan firme es posible y aun probable que surjan en la humanidad futura variadas concepciones del orden social, todas prácticas, según las características de temperamento, de clima y de propósito final; pero todas proporcionalmente justas y bellas.

La sociedad humana, que hasta el día viene presentando un tipo bastante uniforme, sufrirá grandes transformaciones, gracias a la no existencia de masas pacientes o cuando más plebiscitarias, ya que cada individuo será una unidad social y humana en toda su positiva integridad.

Anulado el símbolo exotérico, antes necesario como una garantía contra las falsedades de la tradición; iniciado el individuo, primero por selección y después por una enseñanza integral en todas las grandezas como en todas las minucias científicas; abolido el esoterismo del templo, de la academia, de la universidad y del ateneo; en posesión de un lenguaje que dé exacta y universal acepción a las palabras, verdadera representación de las ideas, no subsistirá ninguna religión, ni se crearán otras nuevas, dado que a generaciones ilustradas y unidas por la razón no hay que unirles en una fe, no hay que *atarlas* (las palabras *ata* = LIGARE RELIGARE

han dado la sustancia de la palabra *religión*) en una creencia común, porque, en fin, ya no será necesario un dios para la canalla.

Así la sociabilidad libremente aplicada, y las iniciativas procedentes de todos y de cada uno de los miembros sociales, fundarán asociaciones científicas, artísticas y utilitarias de todo género, en relación con la multiplicidad de las capacidades y de la carencia de obstáculos, hasta límites incomprensibles para nuestras imaginaciones.

A este propósito dice Guyau:

“El porvenir dejará al pensamiento humano la libertad de tomar todas las direcciones posibles sin violar el derecho de nadie. ¿Cuál es el ideal social más elevado? ¿Es acaso la práctica de las virtudes necesarias o una moralidad semi-inconsciente, una inocencia benigna compuesta de ignorancia y de costumbre? Ese tipo social se realiza en ciertas comarcas budistas de Oriente, donde la población es tan dulce, que pasan los años sin ocurrir un solo crimen, y sin embargo, no se cumple allí nuestro ideal. ¿Añadiremos a esa especie de moralidad media una satisfacción de los principales deseos humanos, el bienestar económico, la dicha casera al alcance de todos? Tampoco nos basta; porque vemos sin envidia esa tranquilidad campesina que se desarrolla en algunos rincones de Suiza, Portugal y

Costa Rica, donde no se conoce, la miseria. Los artistas ansian una vida delicada completamente al arte, a la belleza, enemigos de la virtud prosaica y práctica, y ese ideal lo realizó el Renacimiento, que produjo una floración extraordinaria de todos los instintos estéticos, que coincidieron con una extremada depravación moral, y no deseamos volver a aquella época. ¿Será una especie de reino de la ciencia ese ideal moderno? Quizá constituiríamos una sociedad de Faustos hastiados, que no sería más envidiable que los otros tipos sociales. No, un ideal social completo no puede consistir ni en la pura moralidad, ni en el simple bienestar económico, ni en el arte, ni en la ciencia exclusivamente: se necesita todo eso reunido, despojado de todo particularismo accidental, para que sea tan alto, tan amplio y tan universal como éste en lo posible. Ideal es progreso, y el progreso no se hace en una sola dirección; es como la luz, que brilla por radiación desvaneciendo las sombras en todos sentidos”.

Sin duda ese ideal refleja la humanidad futura: a él se dirigen todas las fuerzas vivas y conscientes del mundo, en lucha contra todas las fuerzas mortíferas del privilegio.

Ahora, huyendo de utópicas profecías, aunque exponiendo consecuencias lógicamente racionales, me rebelo contra los

convencionalismos de los pesimistas estacionarios, y con igual derecho que ellos, aunque con más razón, quiero ver como término de los perfeccionamientos que a través de los siglos viene inspirando el conocimiento y practicando la economía algo grande y sublime que, teniendo su antecedente en aquel hermoso naturalismo de la antigua Grecia ha de dar al mundo amplísima y brillante reproducción de las famosas Olimpiadas. Un pueblo en conjunto que se reúne periódicamente para hacer alarde de su poder, de su sabiduría, de aquella concepción artística que llena nuestros museos de maravillas y en que todos los ciudadanos eran actores y espectadores, dan ya idea de aquel mundo futuro que sin ansias de tiránicas hegemonías, sin temor de futuras concurrencias, libre de venganzas de expoliados y oprimidos y teniendo ante sí un infinito que conocer se dirigirá cantando himnos de alegría a formar el inventario de cuanto existe al alcance de su ilimitado poder.

AGOTAMIENTO DE LA HUMANIDAD

Hay vida total eterna, y vidas individuales, y aun colectivas, perecederas, que devuelven al gran todo los elementos temporalmente constitutivos de su ser.

Si por encima de los hechos denominados *creación y destrucción, nacimiento y muerte* eleváramos nuestro poder de abstracción, y desde un sitio en que, a semejanza de un gran campo de maniobras en escogido punto de vista, no se percibieran detalles individuales, y viéramos como las grandes masas de sustancia y de energía producen esas transformaciones, que sólo son grandes en relación con nuestra pequeñez, el tema que me sirve de epígrafe sería medianamente vulgar; ahora, siendo individualmente la humanidad y el mundo tan poca cosa en el tiempo, en el espacio, en la materia, y teniendo además los hombres viciada la inteligencia por supersticiones y egoísmos, el tema es altamente trágico, como que trata de algo semejante a un sistema de Laplace a la inversa, es decir, del desquiciamiento de la nebulosa que nos dio vida, de la disolución del planeta, previa desintegración de todos los átomos, deformación de todos los organismos, anonadamiento de todos los cuerpos y final “aquí no ha pasado riada”.

He aquí, brevemente condensado por Páraf-Javal, en *La Substancia Universal*, lo que dice la ciencia sobre este asunto:

“Podemos formarnos idea del término de la evolución de la Tierra del siguiente modo: Continuando el enfriamiento, el calor se disipará cada vez más en el espacio, y la energía total del planeta disminuirá progresivamente hasta el día en que, extinguida su actividad propia, no recibirá más que la radiación de la energía procedente, de la estrella a cuyo alrededor gravita.

En aquel momento no podrá ya reaccionar contra la acción de aquél astro, y siendo su masa más débil que la de él o de otro astro próximo, será fatalmente obligado a juntarse al que ejerza sobre ella la acción más poderosa.

Es posible que antes haya ejercido su acción sobre su satélite atrayéndola hacia sí, modificando así su estado por fenómenos semejantes a los que se produjeron cuando se formaron, pero su duración será únicamente prolongada, siendo al fin absorbida y disgregada, restituyendo su materia y su energía al Universo.

Cuando llegue aquel momento, el hombre, bajo su forma actual, habrá desaparecido mucho antes; y si el mismo planeta desaparece, el hecho, en la evolución de la substancia universal, no será más que una transformación de energía.

Se producirán diferencias, de intensidad de energía entre dos puntos del universo; un mundo, es decir, un sistema de energía habrá desaparecido para renacer bajo una forma diferente”.

Tras este resumen científico, que me sirve de punto de partida, evoco el recuerdo de Flammarion, gran astrónomo y poeta, que a todos sus méritos añade el de ser gran vulgarizador de la ciencia. Del mismo conservo la memoria de un artículo altamente interesante acerca de la muerte de la humanidad, que deploro, por interés mío y por el perjuicio que pueda resultar para el lector, no tener a la vista: Véanse allí los hombres, emancipados de toda rudeza animal, extrayendo de la ciencia inconcebibles e infinitas aplicaciones a la higiene y a la más feliz longevidad, viviendo dichosos y en perfecta salud, aunque llevando un género de vida que les asemeja a plantas tropicales conservadas en invernaderos de los países árticos. Por aquellos días a la luz, de un sol pálido semejante a la luna que reverberase sobre una campiña helada, el activismo, aquel enemigo de todo perfeccionamiento progresivo que aun se cobija vigoroso bajo las formas pegadizas de nuestra civilización, transformado ya por la opción de millones en millones de siglos, había legado a formar en todos los cerebros humanos, el atavismo de lo verdadero de lo bello y de lo bueno, y todos, chicos y grandes, refundidos en una sola raza, semejantes cada uno a los grandes hombres que intercalados entre las generaciones y diseminados por todos los países, son como las estrellas de

primera magnitud en el curso de la historia, harán hasta por rutina lo mejor de lo mejor. Ruinas y abandono en los actuales países del Norte, infeudados ya con dominio imperecedero al frío de la muerte; existiendo en nuestros países meridionales algunas estaciones habitadas por agentes que marcarán como los esquimales del día la última línea del calor vital, la zona tórrida será el brillante emporio donde se habrán acumulado los frutos del saber, del querer y del poder humano a través de los siglos.

Figurémonos dos amantes infecundos ya en aquel mundo agotado en que los arreboles crepusculares no embellecerán el tránsito de la noche al día, ni cantarán las aves, ni el viento diseminará el polen vivificador, ni habrá campiñas embalsamadas por el aroma de las flores, donde lo espontáneamente natural habrá cedido el puesto a lo artificial. Libres de las pasiones animales, en una inactividad consiguiente a la realización de todos los ideales, semejantes a una pareja de ancianos de salud relativa y tranquila conciencia, que abarcan el pasado y no temen el porvenir, dejarán extinguirse aquellos cuerpos coronados por unos cerebros cuyas circunvoluciones serán como la síntesis histórica de la humanidad.

Y así, esperando una tumba, una nueva dispersión atómica y una regeneración futura, se entregarán a la Naturaleza con pacífica lentitud, y se habrá disuelto una burbuja más en el océano sin límites de la vida.

LA MUERTE ES LA VIDA

Lo dije al principio: “Vivir es el supremo derecho y el gran deber que contraemos por el hecho de ser”.

Dar a las palabras *ser* y *vivir* todas las facilidades que los humanos puedan darse recíprocamente por el conocimiento y por la solidaridad, es el fin de la sociología, la positiva misión de la humanidad; realizado ese fin, cumplida esa misión, mejor dicho esa conveniencia, y habiendo alcanzado la dicha consiguiente al equilibrio perfecto entre las necesidades de todo género y la superabundancia de la satisfacción, mujeres y hombres podemos afrontar tranquilos esta profecía científica de Haeckel:

“Las cantidades enormes de calor producidas, en los procesos mecánicos, por el choque de los cuerpos celestes en rotación, están representadas por las nuevas fuerzas vivas que producen el movimiento de las masas engendradas de polvo cósmico, lo mismo que la *neoformación* de esferas en rotación: el juego eterno comienza de nuevo. Nuestra madre, la Tierra, salida también hace millones de millares de años de una parte del sistema solar en rotación, cuando hayan transcurrido otros millones de millares de años, se helará a su vez, y estrechándose siempre su órbita, se precipitará en el sol”.

Para el que sabe, y han de saber todos, sin dejar una sola inteligencia vilmente entretenida con engañoso esoterismo, resultará claro como la luz este pensamiento de Letourneau:

“El fenómeno esencial de la vida se reduce a un doble cambio material y simultáneo en el seno mismo de la sustancia organizada”.

Así se comprenden bien, por lo que reproduzco con especial complacencia, los pensamientos consignados por mi querido amigo Fernando Tárrida en la revista *Acracia* de Barcelona, en abril de 1888.

“La muerte en sí, no existe. La cantidad de materia y la correspondiente movilidad de su energía son constantes; no sólo no mueren, si que también son invariables. Lo único que ha hecho, hace y hará eternamente la materia del mundo infinito, es transformarse por efecto de las infinitas combinaciones de que son capaces los elementos que constituyen el mundo material.

Al pasar un cuerpo de orgánico a organizado, se produce la vida; al pasar de organizado a orgánico o mineral se produce lo que llaman muerte.

Respecto de nuestro ser esta segunda combinación, todavía de terrorífico efecto, tiene su aspecto benéfico, puesto que pone fin a nuestros sufrimientos, es causa de

las transformaciones incesantes de la materia, aniquila los seres vetustos para dar origen a los nuevos, produce la selección natural, es origen de todo progreso y nos ofrece el reposo tras las fatigas consiguientes a las asperezas de una vida de lucha.

Sin esa transformación, cuando el sufrimiento físico señala con el dolor todos los instantes de la vida, sería un desconsuelo no ver un término; cuando los órganos ya gastados de nuestra máquina animal se hallan estropeados por el uso, sin más esperanza que estropearse más cada día, sería terrible que una eternidad inflexible nos sujetara a una vida forzosamente desdichada.

Mientras la igualdad no justifique y embellezca la sociedad, la muerte resuelve a su manera el problema sociológico, igualando bajo su golpe todas las desigualdades no niveladas por la evolución y la revolución”.

Afrontemos enérgicamente la verdad para tener derecho a los beneficios de la justicia: existe un proceso de evolución cósmica en el cual se desarrolla una alternativa periódica de desaparición y neoformación de mundos, semejante a la transformación que se ofrece a nuestra vista en la naturaleza en el curso de las estaciones. La Tierra, este mundo que habitamos, tras una génesis

científicamente conocida, vive y morirá, libre de las fantasías del Génesis y del Apocalipsis bíblico, y nuestro propio *ser humano*, que, en su delirio de grandeza antropomórfica, se adoró en el tipo divino forjado en su fantasía, sometido como cosa secundaria a las vicisitudes del medio de subsistencia, queda reducido al rango que le corresponde en la escala zoológica, no siendo, como dice Haeckel, sino una forma de evolución pasajera de la substancia y de la energía infinitas y eternas.

Y el que lamente la pérdida de su ilusión, viendo caídas y destrozadas todas sus creencias, considere que, si sobre, absurdos y datos falsos pudieron los hombres fundar una fe, a cuyo amparo se constituyó un régimen social en el que la iniquidad había de ser eterna, porque, según Jesús «siempre habrá pobres entre vosotros,» y según Malthus en “el banquete de la vida no hay cubierto para todos”, triste, pero gráfico resumen de la civilización cristiana y democrática, las generaciones sucesivas, sobre datos positivos y científicos por nadie ignorados en toda la extensión del mundo habitable y habitado, de todas y de todos perfectamente conocidos, fundarán algo más positivo que una fe, que al fin es una esperanza más o menos ilusoria, fundarán una realidad social científica, en que cada unidad será también una realidad intangible de derecho inmanente, y la reunión de todas las unidades será la economía con la abundancia, la paz con la solidaridad, el concierto feliz de todos los modos humanos de ser.

Después, cuando llegue lo inevitable, que será perfectamente previsto y conocido, porque no habrá quien ignore lo que por intuición genial adivinó Goethe, todos repetirán sus palabras: *“Lo viejo sucumbe, los tiempos se modifican, y sobre las ruinas de todo florezca la nueva vida”*.

RESUMEN

*Lo que Malthus llamó **BANQUETE DE LA VIDA**, que los darwinistas burgueses disfrutaban exclusivamente, a título de vencedores, como botín de guerra obtenido en la “lucha por la Existencia”. Los desheredados, fundándose en la inmanencia del derecho humano, en el alcance de la solidaridad y en el conocimiento positivo y cuando no intuitivo de la ley de la evolución, lo denominan “Patrimonio universal” constituido por la observación, el estudio y el trabajo de la humanidad, y formado además por la tierra, el agua, el aire, la luz, la sustancia entera de este globo que habitamos, juntamente con las energías universales que lo rigen y vivifican, anteriores al hombre, contemporáneas del hombre y posteriores, como eternas e indestructibles, al hombre.*

Si (por una suposición absurda) contra todos los razonamientos, todos los cálculos, todas las previsiones y todas las demostraciones estadísticas, escaseasen aún las subsistencias y se realizase al fin la fatídica profecía malthusiana, lo único justo, racional y económico sería acortar, la ración a todo el mundo, y poner todos los activos, sin distinciones jerárquicas de ninguna clase, a contribución la propia actividad, como náufragos que luchan por salvarse en unión fraternal, no como torpemente quieren y practican los privilegiados, estableciendo un sistema de despilfarro para unos y de miseria para otros.

Nadie, pues, tiene derecho al botín de la usurpación privilegiada, y la existencia de ese botín y de esa usurpación, tanto como un crimen de lesa humanidad, es una torpeza, una inconveniencia social.

Todo el mundo tiene derecho, sin exclusión, excepción ni limitación, al “Patrimonio universal”, legado de todas las generaciones pasadas, a las presentes y futuras.